

Burt, junto con el socio de su tío, Li-Chan-Yen, llevará acabo una venganza contra lord Crowther después de lo sucedido hace quince años y que Burt nunca ha olvidado.

Burt, junto con el socio de su tío, Li-Chan-Yen, llevará acabo una venganza contra lord Crowther después de lo sucedido hace quince años y que Burt nunca ha olvidado.

Título original: *Volveré aquí*
Corín Tellado, 1963

Índice de contenido

Cubierta

Volveré aquí

Prólogo

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Sobre la autora

PRÓLOGO

*Para quien venga a su
padre, nada hay imposible.*

P. CORNEILL

Burt Kelsey miró de nuevo el rostro inmóvil y amarillento, y con brusco ademán cerró la tapa del féretro.

—Vamos, Jim —exclamó con fiereza—. Si me ayudas tú...

El llamado Jim torció el gesto.

—Fuera tienes a los hombres de la funeraria, Burt —gruñó—. Yo no me mancho las manos en eso.

Burt lo miró de arriba abajo, y de pronto lo empujó hacia la puerta, gritando:

—Lárgate de aquí.

—Oye, oye, Burt. No te pongas así, muchacho. Al fin y al cabo, un muerto es un muerto, ¿eh? —Y con expresión estúpida, añadió—: ¿No murió mi padre? ¿No murió mi madre? ¿Crees que lo tomé tan trágicamente como tú? He quedado solo, ¿no? ¿Y qué?

—Márchate —exclamó Burt con voz enronquecida—. He dicho que te marches. ¿Me oyes? Largo de aquí.

—Qué bárbaro, qué bárbaro —se alzó de hombros—. Bueno, yo he venido aquí para decirte que vayas al castillo, después de haber enterrado a tu padre. Lord Crowther quiere verte.

Burt no lo oía. Con fiereza empujó a Jim hacia la puerta y este gruñó:

—No hay quien te entienda. ¿Qué piensas que tienes aquí? Demonio, un muerto nada más. ¿Que era tu padre? Otros lo perdimos antes —abrió la puerta, y de espaldas a ella aún añadió—: Ya lo sabes. Una vez entierren a tu padre, sube al castillo.

Se lanzó al exterior y salió silbando. En la calle, estrecha y angosta, no había nadie, excepto una carroza tirada por dos caballos y un mozo que los sujetaba. Llovía, y en el suelo se acumulaba el barro. El cielo estaba encapotado, y sus nubes grisáceas amenazaban viento. Jim salvó los charcos a grandes saltos y se encaminó a un auto que había detenido al otro extremo de la calle. Subió a él y lo puso en marcha.

En la humilde casita del minero muerto, su hijo Burt, con los ojos secos y un indescriptible dolor doblegado, que lo humillaba y lo empequeñecía, levantó de nuevo la tapa de la caja y contempló a su padre por última vez. Con voz ronca, que parecía salir de lo más profundo de su ser, exclamó:

—Volveré aquí padre. Un día volveré...

Tapó la caja y sin ayuda de nadie la arrastró hacia la puerta.

Era un muchacho alto y fuerte. Tenía el pelo negrísimo, abundante, y los ojos grises y fríos como el acero. Contaría a lo sumo diecisiete años, y adoraba a su padre. Nadie podía saber hasta qué punto lo adoraba, hasta qué punto lo admiró. Por eso, no podría perdonar jamás, después de trabajar tantos años, el día de su muerte lo dejaran solo. ¡Solo con él!

—Oye, muchacho, ¿qué haces? —gritó el encargado de la funeraria—. Espera que te ayude.

Bajó del coche apuradamente, y corrió hacia la puerta de la humilde casita.

—Estas cosas no se pueden hacer solo.

Burt no le hizo caso. Se disponía a levantar en vilo la caja, cuando el encargado del coche fúnebre llegó a su lado. Sin decir palabra, le ayudó a depositarla en el coche, cerró la puerta de este, y luego dijo:

—Hala, sube a mi lado.

—He de ir detrás de mi padre —dijo Burt fríamente.

El hombre lo contempló asombrado. Con un gruñido exclamó:

—Eso no puede ser. ¿Crees que es un entierro de lujo?

—Es mi padre —bramó Burt con voz desgarradora.

El hombre no se impresionó.

—Bueno —dijo alzándose de hombros—. No eres el primer hijo que pierde a su padre. Has de saber que llevo al cementerio más de doce padres al año.

—Este es el mío —gritó Burt con voz ronca—. ¿Me entiende usted? ¡Este es el mío!

—Diantre, muchacho. Que no puedo perder el tiempo. Ve detrás, si así lo prefieres, pero yo te advierto que pondré los caballos a medio trote. Va a nevar, los caminos hasta el cementerio están intransitables, y tendrás que correr tras de mí.

—Suba usted —dijo Burt calladamente—. Yo iré detrás.

—Como quieras, muchacho, como quieras.

Subió al pescante, restalló el látigo sobre el lomo de los caballos, y el coche fúnebre se puso en marcha. Burt echó a correr tras él. En torno a la calle angosta y fangosa, se alineaban las casitas de los mineros. Burt no vio a aquellos sentados, ni un rostro, ni una sombra. Corría tras el coche fúnebre y, jadeante, llegó a lo alto de la calle. El coche torció a la derecha y Burt, siempre corriendo, lo siguió al mismo paso. El agua que caía cubría su cuerpo, empezó a confundirse con sus lágrimas. Era la primera vez que Burt Kelsey daba rienda suelta a su dolor. Aquel dolor hondo, lacerante, desgarrador, que pretendía doblegar y no podía.

* * *

—Yo te ayudaré —dijo el encargado del coche fúnebre—. Es la primera vez que lo hago —gruñó—, pero... demonio, no sé lo que me pasa contigo, muchacho. Después de este correr sin desfallecer, me has impresionado. Te he cogido respeto. Coge por allí. El enterrador nos ayudará. Eh, tú —gritó al hombre que, impasible, esperaba al otro lado de la verja— échanos una mano.

El aludido, muy despacio, dio la vuelta y abrió la verja. Empezaba a nevar, y sobre las fuertes espaldas de Burt se posaba la nieve.

—Ayúdanos —pidió el cochero.

El enterrador hizo lo que le mandaban y, con indiferencia, cargó con la caja por el lado que le pedía el cochero.

—Con cuidado —pidió Burt, sin poderse contener.

—Que no es ningún tesoro, muchacho —gruñó el enterrador—. Al fin y al cabo, es un muerto.

—Es mi padre —dijo el joven como en un gemido.

Cochero y enterrador se miraron. Nada dijeron. Depositaron la caja junto al hoyo abierto en la tierra, y el enterrador se dispuso a internarlo en él.

—Hágalo con cuidado —pidió Burt muy bajo, fijos los ojos en la caja de madera de pino—. Se lo ruego.

Y bruscamente sacó unas monedas del bolsillo y las depositó en la mano callosa del enterrador.

—Bueno..., ¿temes que se enfríe? —preguntó jocosamente, metiendo las monedas en el bolsillo. Alzóse de hombros y procedió a depositar la caja en la tumba, con más cuidado.

Luego empezó a taparla. Burt, de pie junto a él, clavaba los ojos en aquella tierra que cubría para siempre a su padre. Sus ojos, muy abiertos, no se apartaban de la fosa ni un instante. Tanto fue así, que los dos hombres, el cochero y el enterrador, se miraron, y el segundo de ellos dijo:

—Muchacho, aparta un poco. He de llenar la fosa, antes de que me la cubra la nieve.

Burt dio un paso atrás.

—¿Vienes, muchacho? Te llevo hasta la ciudad. Hay mucho trecho de aquí allá para hacerlo a pie y nevando.

Burt no se movió. El enterrador terminaba su tarea en aquel instante, y el joven se inclinó, hizo una cruz con dos palos, y los clavó en la tierra. De nuevo el cochero y el enterrador cambiaron una mirada. Era la primera vez que un hijo hacía semejante cosa. Por lo regular, eran más las personas que presenciaban aquella labor y, una vez terminada, colocaban un ramo de flores sobre la tierra removida, y se iban. Burt parecía clavado allí.

—Bueno —exclamó el enterrador—. Ya puedes marchar, muchacho.

No se movió. Mojado, cubierta su cabeza arrogante de blanca nieve, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, firme y quieto, más que un ser humano parecía una estatua.

El cochero le tocó en el hombro.

—Muchacho, no puedo esperar más.

Burt se agitó. Con voz ronca dijo:

—Márchese.

—¿No... me acompañas?

—Márchese.

—Bueno, bueno. Adiós, Tomás. No cierres la puerta —aconsejó—, no vaya a ser que ese quede dentro.

El enterrador no respondió. Cargó la azada al hombro y se perdió entre los altos cipreses.

Burt quedó allí, firme, rígido, ante la tumba de su padre. No volvería a verlo, y esto era para él como una agonía. Había adorado a su padre de tal modo, le había admirado tanto, que le parecía imposible que hubiera en la vida un ser más perfecto y cariñoso que él.

Mojado y cubierta su cabeza de blanca nieve, se dejó caer sobre una piedra, y estuvo allí hasta que anocheció, rígido, silencioso, como si el tiempo no transcurriera o pudiera él detenerlo.

—Muchacho —gritó el enterrador desde la verja—. Voy a cerrar. Sal de ahí. ¿Me has oído? Voy a cerrar.

Burt se puso en pie. Lanzó una breve mirada sobre la tierra húmeda que cubría para siempre el cuerpo amado de su padre, enderezó la cruz, y muy despacio echó a andar hacia la puerta.

* * *

Dejaría Merthyr-Tydfil al día siguiente. Un día volvería. No sabía cuándo ni lo que haría allí, pero volvería.

Su padre había sido un picador importante en las minas de Crowther. Y estos... lo ignoraron a la hora de su muerte. Lo llamaban a él, tal vez para entregarle la última paga del muerto. Iría. Sí, iría hasta el castillo a la mañana siguiente. Y después... iría hacia Londres, con su tío Robert. Su tío lo reclamaba sin cesar. Él jamás quiso dejar a su padre. Ahora su padre lo había dejado solo a él.

Apretó los puños y cerró los ojos con fuerza. Necesitaba dormir. Tendría que dormir para olvidar... Olvidar aquella soledad en que lo dejó el autor de sus días. Merthyr-Tydfil no era una ciudad caritativa. Pero él siempre fue a los entierros de los muertos, y a su padre no lo acompañó nadie.

—¿Dónde estás, Burt? —gritó una voz desde la calle.

El muchacho no respondió. Una mano empujó la puerta y entró.

—Burt...

—Hola, Japp.

Se trataba de un hombre bajito de negros cabellos enmarañados. Avanzó hacia el cuarto y se dejó caer en una silla, junto a Kelsey.

—Lo siento, muchacho. No pude venir antes. La faena en las minas acabó tarde.

—Otras veces acabó más, y os dieron permiso para acompañar al cementerio a un compañero —susurró Burt fríamente.

—No puedes reprochárnoslo a nosotros. Desde hace algún tiempo, la orden fue terminante. No podemos dejar el trabajo para acompañar a un compañero a su última morada. Es orden de lord Crowther. Ya sabes, esos tipos se creen tan poderosos, que, descender hasta un simple picador, los humilla. No sé, muchacho, cuándo cambiará todo esto.

Burt no respondió.

—Ya sé —dijo Japp al cabo de un momento— que acompañaste a tu padre.

—¡Yo solo! —exclamó Burt—. Yo solo...

—Sí, ya me lo han dicho. —Y tras un silencio—. ¿Qué piensas hacer? ¿Trabajarás en las minas?

—No.

—No puedes continuar tu estudios, Burt. Tu padre hacía un gran esfuerzo, pero ahora...

—Mi tío Robert me ayudará —dijo bajo—. Mi padre nunca debió quedar aquí. Mi tío tiene mucho dinero, y le ofreció trabajo a su lado... Tengo una carta aquí —y palmeó el bolsillo—. Dice que desea hacerme ingeniero, que seré su heredero... —su atezado rostro se iluminó por un instante—. Si algún día soy rico... volveré, Japp —y con ardor añadió—: Y los aplastaré. Viviré... el resto de mi vida para aplastarlos.

—Nosotros no tenemos la culpa, muchacho —se quejó el minero—. Díselo a lord Crowther.

—No olvidaré jamás... este día ni a ese hombre.

—¿No te ha llamado?

—Pienso hacerle una corta visita mañana.

—No pienses que te reciba él. Lo hará su secretario.

—Lo sé. Voy... preparado.

* * *

Burt se hallaba muy quieto ante la mesa.

—De modo —dijo *sir* Dawes— que tú eres el huérfano... Bien, muchacho. Esta compañía no desampara jamás a los huérfanos de sus obreros —consultó con indolencia unos libros—. Aquí está. Burt Kelsey. La compañía ha decidido ofrecerte un empleo. Consiste este en la limpieza de las oficinas de los ingenieros.

Burt sintió fuego en la cara. Por un instante tuvo deseos de abofetear al empleado, pero se contuvo. Con frialdad dijo:

—Olvida usted que he cursado seis años de Bachillerato.

—¡Oh, no, no lo olvido! —admitió con una indiferente sonrisa—. Pero, muerto tu padre, no puedes continuar estudiando. Te ofrecen un empleo cómodo.

—No lo necesito.

Lo miró boquiabierto.

—Caray, podías darte por satisfecho, muchacho...

—Yo nada le pedí.

—Bien, bien, como desees. Si prefieres pedir limosna...

—No lo haré jamás —gritó Burt enérgicamente—. Buenos días.

—Espera, espera...

El joven se volvió en la misma puerta. Con acento reconcentrado, dijo:

—Ni olvidaré que dejaron ustedes ir solo a mi padre muerto, hasta el cementerio. ¡No —gritó—, no lo olvidaré!

Sir Dawes se echó a reír y musitó, tras haber cerrado la puerta:

—Un muchacho muy orgulloso.

Y se dedicó a sus papeles, como si nada hubiera ocurrido.

Burt cruzó el ancho parque caminando seguro y firme. De pronto, una bola de nieve le dio en plena cara. Se detuvo en seco y miró a lo alto de la terraza. La hija de lord Crowther lo contemplaba, sonriente. Era una niña de unos siete años, espigada, altiva, de mirada fría como el puñado de hielo que apretaba en su pequeña mano.

Burt se inclinó sobre la nieve, agarró un puñado de esta y alzó el brazo. Antes de que pudiera lanzarla sobre la bonita figura infantil, esta gritó:

—Ten cuidado, mendigo. Soy *lady* Sonia.

Y una mano lo agarró por detrás. Burt dio la vuelta y vio el frío rostro de un criado.

—Tira esa nieve —gritó, amenazador—. No te olvides que esa niña es aquí como una reina. Arrodíllate.

—Jamás —gritó Burt—. Jamás.

—Quiero que se arrodille, Jim —gritó Sonia desde la terraza—. Oblígalo.

La mano del criado cayó como hierro sobre el pecho de Burt. Este, quisiera o no, quedó de bruces sobre la nieve. Sonia reía, y el jovencito fue poniéndose en pie poco a poco. La miró, cegador. Parecía que sobre sus ojos bailaba una nube de sangre.

Echó a andar lentamente. Tras él quedaba la risa de Sonia y los gruñidos de Jim.

CAPÍTULO PRIMERO

Burt frenó el auto frente al importante edificio, saltó al suelo y, dando un portazo, se dirigió a la entrada. Pasó ante el portero sin mirarlo y entró en el elevador, a toda prisa. Se detuvo este en la planta decimocuarta, y atravesó las oficinas, saludando aquí y allá.

Empujó la puerta de la dirección y fue directamente a su despacho.

—Burt.

Este se disponía a quitarse el gabán y el sombrero, y se sobresaltó.

—¡Li! —exclamó—. No esperaba verte aquí a estas horas. ¿Hay algo importante?

—Tú.

—¡Oh! —rio Burt, cachazudo—. ¿Qué hice?

—Cuelga el abrigo y toma asiento tras tu mesa. Hemos de hablar.

—Si es para tratar del asunto Merthyr-Tydfil, ya sabes mi modo de pensar.

—Tengo que disuadirte, muchacho.

—Lo siento, Li-Chan-Yen —rio—. Ya lo tengo todo dispuesto.

Li-Chan se dejó caer en un sillón y suspiró.

—El día que falleció tu tío y te dejó heredero de su fabulosa fortuna, debí lamentarlo. Y fui tan inocente que me alegré.

Burt se dejó caer tras la mesa y tamborileó con los dedos en el tablero.

—Sí —dijo pausadamente—. No solo te alegraste por mí. A ti no te fue mal. No poseías tanto dinero como mi tío, y eras su socio. Desde que yo estoy aquí al frente del negocio, tus ingresos han aumentado.

—Bueno, eso es cierto, pero...

—Es un buen negocio, Li, y a la vez saldo una cuenta que tengo pendiente. He enviado a Merthyr-Tydfil mi respuesta. Precisamente hoy recibí la contestación. Se han firmado los contratos. Tenemos grandes ventajas sobre esas minas. Casi todas las acciones son nuestras. Ten en cuenta, Li, que es el producto de mi trabajo desde que me dieron el título de ingeniero. Nunca me atreví a soñar tal ventura. Pero, como bien se dice, pérdida de unos, ganancias de otros. Yo estaba a la expectativa. Un fallo... —chasqueó la lengua— y yo lo aprovecharía.

—Pero arriesgas buena parte del capital de la Compañía.

—De la cual soy presidente general, Li, no lo olvides. Y expongo mi fortuna. Y tú sabes que yo nunca expuse mi fortuna sin antes asegurarme del éxito.

—Burt... todo eso lo sé, pero piensa un instante. ¿Qué necesidad tenemos de esas acciones? ¿No tenemos bastante con nuestras minas propias?

—Ya conoces mi modo de pensar sobre el particular.

—Demonios, Burt, por mucho que haya sufrido un muchacho de diecisiete años, no me irás a decir que después de quince años aún sigues pensando igual.

—Exactamente igual —exclamó Burt fríamente.

—No te comprendo, la verdad. Quince años alimentando un odio... es absurdo.

—Se piensa así cuando no se siente. Yo lo siento, Li —dijo sordamente—. Lo siento como el primer día. No te extrañe, pues, que mis investigadores en Merthyr-Tydfil me hayan tenido al tanto de los fallos de lord Crowther y su compañía. Han tenido sus errores en el transcurso de estos años, tantos como yo triunfos.

—¿Sabes con quién se han asociado?

—Por supuesto. La Compañía más poderosa del mundo. La nuestra, Li. La Compañía Kelic —se repantigó en el sillón giratorio y añadió burlonamente—. Es lo que menos ellos podían esperar. Unas minas arruinadas asociándose a Kelic. Esto ha sido un triunfo para ellos.

—Supongo —rezongó el chino— que será un triunfo y último fracaso.

—Bueno, en cuestión de negocios no podemos tener escrúpulos. Nuestra compañía adquirió la mayoría de las acciones. Tenemos derecho a enviar a

Merthyr-Tydfil un representante...

—Un representante —rió Li irónicamente— que será un jefe.

—Es lógico, ¿no?

—Siempre hemos jugado honradamente.

—Y continuamos con nuestro lema, Li. No seas majadero. ¿Qué culpa tenemos nosotros de que esa Compañía necesite dinero? Se lo hemos prestado.

—Dime lo que piensas hacer.

—Esta noche, Li, te espero a comer en mi apartamento. Ahora hemos de tratar de otro asunto.

—Escucha, Burt. Tu enviado especial a Merthyr-Tydfil me dijo que habías adquirido las fundiciones de hierro y acero...

—¿También lo consideras mal negocio?

—No, pero considero que los has encerrado por todas las esquinas.

—Ese era mi propósito. Por la noche seguiremos hablando, Li. Ahora voy a recibir a mi secretario.

* * *

Eric y Sheila servían la comida. Li-Chan-Yen y Burt sonreían, tras los succulentos manjares.

—Ya me has convencido —gruñó Li—. ¿A quién vas a enviar a Merthyr-Tydfil? —preguntó, tras un silencio.

—Yo mismo.

—¡Oh! —musitó Li—. Eso no lo esperaba.

—Tengo verdadera curiosidad por saber cómo entierran ahora a los muertos.

—Burt...

—Escucha, Li. No me digas nada. Quince años esperando este instante. ¿No comprendes que la llegada a la meta de mi depresión no es cosa de tomarlo a risa?

—Supongo que no pensarás que, después de quince años, van a recordar el nombre de Kelsey.

—Claro que no. Pero yo no olvidé el de lord Crowther ni el de su hija Sonia, ni el de *sir* Dawes.

—Una venganza estúpida, Burt.

—Ni es estúpida, ni tiene desventajas para nosotros. Espera un año.

—¿Qué piensas hacer?

—Habré arruinado a la compañía minera y habremos logrado la propiedad.

—¿Crees posible conseguirlo?

—Como he conseguido otras cosas importantes, Li.

—Bueno —admitió el chino, dejando a un lado los escrúpulos—. Los negocios son los negocios. Estoy de acuerdo, Burt. ¿Cuándo vas para allá?

—No lo sé. Posiblemente, la próxima semana. He enviado hoy una carta anunciando mi llegada.

—¿Cómo...?

—Un agente de la Compañía.

—Magnífico.

—Es un buen negocio, Li, no lo dudes.

Su rostro, frío e impenetrable, le demostró a Li que Burt no se engañaba. Ya en vida de Robert Kelsey, este puso a su sobrino al frente del fabuloso negocio de carbones y minerales. Hacía, pues, muchos años que trabajaba a su lado. Burt demostró, desde un principio, un gran espíritu comercial, hasta el punto de que tanto Li-Chan como Robert Kelsey depositaron en el joven toda su confianza.

Si Li-Chan parecía dudar en aquel negocio de Merthyr-Tydfil, no era porque desconfiara de Burt, sino por que conocía lo ocurrido hacía quince años, y temía que, por primera vez, se dejara arrastrar por sus pasiones personales. Después de saber que la Compañía había adquirido las fundiciones de hierro y acero, era de esperar que las minas de carbón pasaran igualmente, y pronto, a su propiedad.

—¿Vas solo?

—Por ahora iré con objeto de hacer una investigación, modernizar el sistema de trabajo y ordenar un medio día de paro obligatorio, cuando fallezca un compañero.

Li dio un salto en la silla.

—¿Lo ves? Te guía la pasión personal de la venganza.

—No voy a negarte —replicó Burt gravemente— que me encuentro obsesionado por aquel pasado. Juré que volvería, y no pensaba hacerlo vencido y maltrecho, sino triunfante y vengador. Pero tú, Li, conoces de sobra mi pensamiento para sorprenderte ahora de ciertas cosas.

—Diplomacia.

—Ya estoy en vías de arruinar a lord Crowther, y no cejaré hasta conseguirlo.

—¿En beneficio de tu venganza o de la Compañía?

Burt emitió una risita. Era un hombre muy parecido al muchacho de diecisiete años, con la diferencia de que tenía quince más sobre su persona. Alto, fuerte, varonil, sin elegancias de salón. Muy moreno, y serio, con unos ojos grises y acerados que parecían taladrar cuando miraban. Sus modales, pausados y fríos, sus frases contundentes, precisas, su sonrisa indiferente, su mirada fría y calculadora.

—Me comunicaré contigo por teléfono, Li —dijo cuando aquella noche se despidieron—. Mañana debo tomar el avión para Filadelfia. Estaré de regreso el lunes. El miércoles me trasladaré a Merthyr-Tydfil.

—Si piensa quedarte allí mucho tiempo...

—Dos semanas. Espero que en ese tiempo se den cuenta de lo que hicieron.

—Pero ya no tendré remedio.

—No, por cierto —susurró, triunfal—. El contrato se firmó ya.

—Buenas noches, Burt.

—Duerme tranquilo —rio este, propinándole una palmada en la espalda.

* * *

Siempre que la miraba, sentía aquella súbita ansiedad. Tendría que doblegarla. Y un día se atrevería a decirle: «No me mire usted...». Bueno, tal vez no se decidiera nunca. Él no era hombre de sociedad. No sabía tratar a las mujeres. O al menos no conocía el arte de murmurar las palabras más adecuadas para dirigirse a una dama. Él era un hombre de negocios. Desde

muy niño se dedicó a ellos, y no tuvo tiempo para piropopear a las mujeres. Había tenido un amor del cual se cansó a los pocos meses. Después conoció a una artista de variedades, y le compró un rubí, pernoctó unas cuantas veces en su lujoso apartamento, mas, como le ocurrió con la anterior, se cansó de ella. Después tuvo relaciones íntimas con alguna otra, y un día llegó a la conclusión de que él no era hombre para soportar a una mujer el resto de su vida.

«Soy variable, pensó, variable e insaciable de sensaciones nuevas». Se olvidó un poco de mujeres. Pero cuando veía a Flossie le entraba una inquietud desconocida. Se doblegaba, centrando su atención en los asuntos que debía tratar con ella. Era Flossie Wilson una perfecta secretaria, y, a veces, aun sintiéndolo mucho, prescindía de ella, debido siempre a la perturbación que le causaba su presencia. Era la primera vez que esto le ocurría con una mujer determinada, pues con Otras no daba lugar a tales perturbaciones, ya que al amarlas las poseía.

Con Flossie no podía ser. Era una mujer muy atractiva, pero honesta; pertenecía a una gran familia, su padre era un accionista de la Compañía, y, por otra parte, la actitud de la joven era distante e indiferente.

Aquella mañana, Burt penetró en su despacho particular, instalado en la decimocuarta planta del edificio, y encontró a su secretaria depositando cartas para la firma, sobre la mesa. Al sentir la puerta, se volvió. Era una joven de unos veinte años, alta, muy elegante, de porte distinguido. Tenía el pelo rojizo y los ojos muy verdes. Miraba con indiferencia, y sus labios, bien formados, no sonreían.

—Buenos días, señor Kelsey —saludó.

Burt respondió con un gruñido. Tendría que decirle a Li que se quedara con Flossie y le enviara otra secretaria. Hacía seis meses que la joven trabajaba a su lado, y desde el primer instante sintió aquella sensación de pequeñez y de inquietud a su lado.

—Las cartas que me dictó ayer, señor Kelsey —dijo ella— las tiene dispuestas para la firma.

—Gracias...

—¿Espero, señor?

—Se las enviaré por el botones.

—Gracias. ¿Me necesita usted?

—No. Puede retirarse.

Al anochecer de aquel día le decía a Li-Chan, cuando ambos se despedían en el aeropuerto.

—¿No puedes cambiarme la secretaria?

—¿No es eficiente?

—Sí, sí, pero no la entiendo.

—¿Y qué necesidad tienes de entenderla?

Burt asió el maletín y se dirigió al avión. Li lo Seguía.

—Oye, ¿qué pasa con tu secretaria?

—Me altera los nervios —gruñó, sin detenerse.

—¡Oh!

Burt lo miró de refilón y continuó caminando.

—Oye, Burt, ten cuidado, es hija de James Wilson.

—Lo sé muy bien.

—¿Por qué no te casas con ella?

Se detuvo en seco y miró a su socio como si este fuera un animal de rara especie.

—¿Casarme con Flossie? ¡Qué disparate! Ni con ella ni con otra. No soy hombre de hogar, bien lo sabes. ¿Te has casado tú?

—Bien me pesó no hacerlo. A los cincuenta y cinco años, ya no me querrán a mí, sino a mi dinero.

—Bobadas.

—No puedo cambiarte la secretaria, Burt. Lo siento. Wilson desea que su hija trabaje y a Flossie le gusta trabajar. Es una chica inteligente.

—Fría como un témpano.

—¿Qué sabes tú?

—Prefiero no averiguarlo.

—Ten en cuenta una cosa. Que sería desagradable decirle la verdad a Wilson.

—Estás loco. ¿Cómo le vas a decir eso?

—El avión...

Le estrechó la mano a Li y riendo exclamó:

—Se me pasará.

—No entiendo esas perturbaciones. Yo nunca las he sentido.

Burt se echó a reír. A la vez que se dirigía al avión, pensaba. Pensaba que Li debió de ser un hombre joven Sin apetencias de ninguna clase, excepto sus negocios. Logró hacerse rico, pero ignoró lo que era ser feliz.

II

Se hallaba hundida en un sofá, con una pierna cruzada sobre la otra. Frente a ella, su padre, inmóvil, silencioso; se diría que muy lejos de su hija.

Sonia pensó que, de un tiempo a aquella parte, su padre tenía alguna seria preocupación. No se atrevía a preguntarle, pero aquella noche leyó en el rostro paterno, signos, no ya de preocupación, sino de angustia, y, decidida a conocer las causas, se puso en pie, se sentó a su lado en el diván y preguntó quedamente:

—¿Ocurre algo, papá?

Lord Crowther la miró rápidamente.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué dices?

—¿En qué pensabas, papá, para estar tan lejos de mí?

—¡Oh! —hizo una mueca y esbozó una sonrisa—. Sin duda, a tu lado, hija mía.

—No lo parece.

—¿Por qué no?

—Te veo tan abstraído, tan lejano... Hasta se diría que huyes de mi mirada. ¿Hay, realmente, algo que te preocupe y que yo ignoro?

—Pues...

—Ya no soy una niña, papá. Sé que tus negocios no marchan... tan bien como antes.

Lord Crowther se puso en pie y paseó el salón de parte a parte, con las manos en los bolsillos. Sonia no interrumpió su silencio. De pronto, el caballero se detuvo y se quedó mirando a su hija con expresión absorta.

Sonia era una bella muchacha, y además, una de las primeras damas de Merthyr-Tydfil. Rubia, con unos ojos verdes, grandes y expresivos. Alta y esbelta, llena de distinción, era, sin duda, una de las más bonitas de la ciudad. Años antes, pensó el caballero, sin apartar de ella los ojos, era también la más rica heredera de Merthyr-Tydfil. En cambio... ahora no.

—¿Por qué me miras así, papá? —preguntó, alarmada.

El aludido trató de esbozar una sonrisa. No le diría lo que ocurría. Se limitaría a dar algún detalle de lo que estaba pasando de sus finanzas.

—¿Son tus negocios los que te preocupan, papá?

—No precisamente —dijo, sentándose frente a ella—. Lo que pasa es que estoy algo intranquilo. Dentro de unos días recibimos a nuestro representante en Londres, e ignoramos sus ideas con respecto a nuestras minas.

—Ignoraba que tuvierais representante en Londres.

—Bueno, con respecto a los negocios, ignoras muchas cosas.

—No tantas como tú supones, papá.

Lord Crowther se puso en guardia.

La muchacha prosiguió:

—El salón de recepción se halla muy cerca de mi gabinete particular. Hace unos días oí, sin querer, lo que tratábais en la última sesión.

—¡Ah!

Y se quedó ante ella, mudo y absorto, esperando las palabras de Sonia. Esta añadió:

—Os habéis asociado con la Compañía Kelic. ¿Tan preciso os era, papá?

—Un poco... Es una Compañía muy potente.

—Las minas son ricas y te pertenecen.

—Sí, claro.

—¿Por qué, papá?

—Extender el mercado es interesante. Los tiempos de ahora no son los de antes.

—No necesitábamos extender el mercado —apuntó Sonia, como si se hallara muy al tanto de los asuntos de su padre—. Las fundiciones de hierro y acero son suficientes para mantener florecientes ambos negocios.

—Sonia, ¿quién te dijo eso?

—La lógica, papá.

—Observo que sabes mucho de negocios.

—Lo bastante para juzgar este asunto.

—Bien... —esbozó una sonrisa—. ¿Qué te parece si jugamos una partida de ajedrez, y dejamos esto para mis empleados y socios?

—Me parece bien, pero ten en cuenta que soy tu hija, y no vivo tan al margen de tus asuntos como crees.

—Sonia...

—Sí —se apresuró a decir ella—. Sé que pasas por un mal momento, papá. Tal vez el momento más crítico de tu vida comercial. ¿Por qué no me permites que te ayude en la oficina?

Lord Crowther se levantó muy despacio y exclamó:

—¿Ir tú por la oficina? ¿Tú, una «*lady*» inglesa? Sonia, hija mía... ¿Cómo puedes decir eso?

Sonia rio, desdeñosa.

—No podemos vivir de sueños, papá. Ni de blasones. Tenemos un negocio que defender, y lo defenderemos. —Y como si no dijera nada, añadió—. ¿Jugamos la partida?

* * *

Sonia descendió del potro y lo ató a un árbol. Dio la vuelta al edificio de ladrillo rojo y penetró en el vestíbulo. Vestía traje de amazona de color negro y rojo. Ocultaba la mata de rubios cabellos bajo la visera blanca. Agitando la fusta, avanzó por el pasillo, y, como sentía sed, penetró en el bar a servirse un refresco. El bar de las minas se hallaba vacío. Allí entraban los mineros cuando sentían deseos de tomar algo. Pulsaban un botón, depositando en la ranura una cantidad equivalente a lo que se deseaba tomar. Inmediatamente la máquina se ponía en movimiento y surgía al exterior lo que se deseaba. Así se disponía a hacerlo Sonia, cuando oyó, en la oficina contigua, la voz de su padre.

—*Sir Dawes* —gritaba lord Crowther—, no tenemos más remedio que afrontar los hechos.

—El primer fallo por mi parte, milord, fue vender la fundición.

—Era preciso. Se lo dije a usted en otras ocasiones. Para hacer frente a las malas inversiones hechas, era preciso vender. Démonos por satisfechos de que los compradores se hayan asociado a nosotros.

—No me fío de esa gente, milord. Sepa usted que la Compañía Kelic se compone de dos socios importantes. Los otros son... como somos nosotros ahora con respecto a ellos.

Sonia frunció el ceño. Las cosas estaban mucho peor de lo que su padre decía. Tomó el refresco y encendió un cigarrillo, apoyándose en el pequeño mostrador. La puerta se agitaba suavemente.

—*Sir Dawes*, tenemos que hacer frente a la situación, Olvidemos lo que debimos hacer antes. Es preciso dar una sensación de seguridad.

—Si no la tenemos.

—Ellos lo ignoran.

—Se darán cuenta al instante. Sepa usted, señor, que el representante de Kelic llegará aquí a finales de la próxima semana. No creo que envíen a ningún zafio o estúpido. Mandarán a uno de sus mejores ingenieros.

—Lo invitaré al castillo. Será nuestro huésped.

Sonia oyó la risita irónica de Dawes. Sus palabras no se dejaron esperar.

—Ello no evitará que haga aquí una investigación.

Sonia no esperó más. Empujó la puerta y penetró en la oficina central.

—¡Sonia!

—¡*Milady*!

La joven, bonita, decidida, con una suave expresión en los ojos, aproximó el rostro y besó a su padre, propinó una palmada al viejo Dawes y se sentó a medias en el brazo de un sillón.

—Queridos socios —empezó.

—Sonia...

—Tengo un plan, papá.

—Hija mía...

—Déjame hablar, papá. Después riñe conmigo, si te parece. Excúsame por haber oído toda vuestra conversación. No pude evitarlo. Hablabais demasiado alto, y yo me disponía a tomar un refresco.

—La excusamos, *milady* —dijo *sir Dawes*—. Se me antoja que tiene usted un buen plan de ataque.

—*Sir Dawes* —se alteró el aristócrata—. No quiero meter a mi hija en este asunto.

—Escucha, papá. Olvídate un momento de nuestro elevado origen. Me educaste en un colegio moderno, donde no solo se aprende a brillar en sociedad y comer con elegancia. Me enseñaron a desenvolverme en la vida, y me hicieron olvidar que era una «*milady*» inglesa y tú eres un hombre de negocios, desde que te instruyeron en la vida. Yo debo ser digna hija tuya. Y he de demostrarlo defendiendo nuestro pabellón.

—¿Y cómo, Sonia?

—De una manera digna y sagaz. Ellos, por lo que observo, han sido astutos. Permíteme que durante esta semana me ponga al tanto en esta oficina, como secretaria del señor Dawes. Como mujer que soy y que entiendo bastante de negocios, haré que el enviado de la Compañía Kelic no pueda penetrar hasta el fondo de este.

—¿Y qué pretendes, querida? —preguntó el padre, aún sin comprender.

—Muy sencillo. Si consigo que no se entere de la verdad...

—No podemos hacerlo porque ella existe —adujo el aristócrata con desaliento.

—Para eso estoy yo aquí. Me parece bien que lo invites a nuestro castillo como huésped de honor. Y, a la vez, yo me convertiré en su secretaria.

—Sonia, tú, mi hija...

—Papá, baja de las nubes. Soy tu hija, pero no un ser inconsciente que se limita a adornar nuestro elegante hogar. Debo ser una mujer de negocios, digna hija tuya.

—Yo —dijo el caballero con amargura— no supe ser un buen hombre de negocios. Lo lamento, hija mía.

—*Sir Dawes*, ayúdeme a convencer a papá.

—Ya está convencido —indicó, pero no cree en su astucia.

—No se trata de eso, *sir Dawes* —gritó, enojado, lord Crowther—. Se trata de mi hija. Y no quiero verla envuelta en este asunto. Hemos perdido mucho dinero en estos últimos años. Debemos dar gracias a Dios por encontrar una compañía que se asocia a nuestra ruina.

—¿Y no te sugiere nada ese hecho, papá?

—No te comprendo.

—Si ellos se asocian a nuestra ruina, siendo como dices tan poderosos, es de temer que ellos no lo consideren ruina. Su plan, sin duda, es hacer suya esa ruina, que luego elevarán.

—Ese es nuestro temor —objetó *sir* Dawes.

—Pues pongámonos en guardia, y permíteme tomar cartas en el asunto. ¿Cuántos de nuestros altos empleados conocen el verdadero estado de nuestras finanzas?

—Nadie, excepto su padre y yo.

—De acuerdo. ¿Vamos, papá? Hablaremos tú y yo de paso para el castillo. Mañana participaremos a *sir* Dawes lo que hayas acordado.

—¡Hum!

Y con el significativo gruñido, siguió dócilmente a su hija.

* * *

—¡*Milady*...!

—Nada de tratamientos, *sir* Dawes. Llámeme señorita Sonia. Me agrada...

—¿Qué haces aquí?

Se hallaba revolviendo en los cajones. Tenía sobre la mesa un montón de papeles. Fumaba un cigarrillo, y estudiaba atentamente aquellos documentos, cuando *sir* Dawes penetró en la oficina.

—Me pasé la noche en el despacho del castillo con papá, estudiando los asuntos de la mina. Permítame que le diga, *sir* Dawes, que hubo mucho descuido en estos últimos años.

—Más que descuido, pérdidas sin fundamento. Es lo lamentable. Ignorar por qué se originaron esas pérdidas.

—¿No veía que alguien más poderoso que ustedes preparaba su ruina?

—Lo pensé muchas veces, pero nunca pude cerciorarme con exactitud. Es más, en algunas ocasiones tuve la sospecha de que alguien al acecho aprovechaba, en su beneficio, el más ligero fallo de nuestra compañía.

—¿Nunca hizo una investigación?

—Cuando traté de hacerla, teníamos un déficit de tal envergadura, que me asusté.

—E indicó usted a mi padre la posibilidad de una venta.

—Fue cuando vendimos la fundición.

—Su primer gran error, amigo mío.

—Ciertamente.

—Bien, vamos a tratar de ahogar al enemigo que trabajó en la sombra. Por lo menos, no podrán saber nuestra arma actual, que será el disimulo y la ignorancia.

—¿La ignorancia?

—De sus propósitos, si es que los tienen.

—¡Hum!

—Cuando se presente aquí el enviado especial de la Compañía Kelic, hágale usted ver que no solo soy su secretaria, sino su consejera. Como hija de Crowther, tengo derecho a alguna autoridad.

La contempló, admirado.

—¿Quién la enseñó a desenvolverse en los negocios?

—Papá tuvo la buena ocurrencia de enviarme a un colegio donde se aprendía de todo. Y hay algo aún más importante, *sir* Dawes. Amo a papá, amo mi posición económica, y no estoy dispuesta a perderla. Estimo que podemos formar sociedad con la Compañía Kelic, pero nunca permitir que nos trate como si nosotros fuéramos gusanitos inmundos.

—¿Qué armas piensa esgrimir para la defensa?

—Aún no lo sé. Prefiero ver primero con las que ellos van a atacar.

—Es una inteligente posición.

—Pues a trabajar, *sir* Dawes. Y cuando papá me ataque, defiéndame usted. A él le humilla que me mezcla en estas cosas, que me siente tras esta mesa. Usted tiene ascendiente sobre él. Hágale ver que hoy la mujer no representa algo en la vida solo por lo que es, sino por lo que sabe. Y me gustaría demostrarle a papá que no solo soy una «*milady*» inglesa.

—La admiro.

—Gracias, *sir* Dawes. ¿Nos ponemos a trabajar?

Lo hicieron durante todo el día y toda la semana. Al final de esta, Sonia Crowther se hallaba tan al tanto del negocio de carbones como su propio

padre, si bien las ideas modernas de la hija aventajaban a las de su padre.

Lord Crowther decía aquella tarde a *sir* Dawes:

—No creo que podamos hacer frente a la situación.

—Tal como su hija la presenta, sí, señor.

—Son fantasías.

—Claro que no. Ella trabaja sobre aplastantes realidades. Le aseguro que jamás conocí joven más decidida, luchadora y a la vez inteligente. Hemos cambiado los libros verdaderos por otros falsos.

—¿Y eso es honrado?

—Eso es esencial. Por estos libros no serán capaces de conocer nuestra verdadera situación, y es de lo que se trata.

—Estamos cometiendo un fraude.

—Un fraude que nos libra de la ruina, y a la vez nos puede colocar en una situación favorable. Solo se trata de cambiar la apariencia del nuestro; de otra forma se aprovecharían de él. De este modo no nos temerán, pero tampoco tratarán de provocarnos, por temor a las mordeduras.

—¡*Sir* Dawes!

—Por favor, límitese a ver con indiferencia y naturalidad, al mismo tiempo, nuestra posición de alertas.

—Es mi hija la que fragua esta insensata posición.

—Es su hija, en efecto, la primera que vio la trampa en la que habíamos caído nosotros. ¿Desde cuándo nos la están tendiendo?

—No nos han tendido nada.

—Por lo que sea, la Compañía Kelic desea nuestra ruina.

—Eso no es cierto.

—Le aseguro que lo es. Lo desesperante es que no lo hayamos descubierto hasta ahora. Esperemos que aún tenga remedio la caída.

III

Burt se apeó del lujoso automóvil, e hizo una seña a su ayudante.

—Bill, espéreme aquí. Tengo interés en saludar a *sir* Dawes en su oficina.

—Sí, señor.

—Luego nos trasladaremos al hotel. —Y cerrando la portezuela, añadió —: Es posible que *sir* Dawes aún no haya llegado. Lo esperaré.

Atravesó la angosta calle y se perdió en el edificio de ladrillo rojo, donde se hallaban las oficinas centrales de las minas.

Reconoció aquellos lugares. Sintió dolor y pesar. Por aquellos estrechos pasillos había cruzado más de una vez, en busca de su padre. Pensó: «Soy morboso. Nunca debía volver al lugar de mi humillación y mi dolor. Y, no obstante, siento un hondo placer viendo de nuevo esta oficina».

En la ancha sala había muchas ventanillas, tras las cuales vio rostros indiferentes que ni siquiera reparaban en él. Burt alzóse de hombros y salió de aquella nave para dirigirse a otra. Más ventanillas y más rostros indiferentes, y ruido de máquinas de escribir.

Un botones se le aproximó:

—¿Puedo servirle en algo, señor?

Lo miró con curiosidad. Tendría la misma edad que él cuando dejó la comarca. Si no hubiera muerto su padre, él también sería un botones, después llegaría a ser un oficinista, y más tarde, tal vez, delineante Sacudió la cabeza.

—Busco a *sir* Dawes.

—No ha llegado aún, señor. Pero si desea usted hablar con su secretaria...

—Me agradecería.

—Por allí, señor —señaló un pasillo oscuro y una puerta de cristales—. Donde dice «Dirección». ¿Le acompaño, señor?

—No es preciso. Gracias, muchacho.

—De nada, señor.

Burt lo miró con simpatía. Se veía a sí mismo, de no haber existido su tío Robert. Inesperadamente, hundió la mano en el bolsillo, extrajo una moneda y la depositó en la mano del jovencito.

—Gracias, señor —susurró este, emocionado.

Burt le sonrió, y, rápidamente, se dirigió a la puerta de cristales indicada. Llamó con los nudillos. Una voz femenina, suave y educada, dijo:

—Pasen.

Burt empujó la puerta y se encontró en un despacho ancho y caldeado, con una mesa al fondo, tras la cual se sentaba una muchacha rubia, de grandes ojos color de miel y boca bien dibujada.

—Pase usted —invitó Sonia, sin imaginar que el elegante desconocido de gabán y sombrero azul marino era el enviado especial de la Compañía Kelic—. Pase, señor.

Burt, un tanto impresionado por la belleza de aquella secretaria, avanzó, al tiempo de quitarse el sombrero.

—Permítame que me presente —dijo—. Soy el enviado especial de la Compañía Kelic.

Sonia hubo de contener un sobresalto. Ciertamente, debía confesar que no esperaba encontrarse con un enviado tan joven. Porque aquel hombre tendría poco más de treinta años.

Alargó la mano y dijo amablemente:

—Puede sentarse, señor...

—Kelsey —dijo Burt con sencillez.

—Encantada de conocerle, señor Kelsey. Yo soy Sonia Crowther.

Burt estuvo a punto de delatarse. El hecho de que aquella bella joven, tan personal y segura de sí misma, fuera la misma niña ante la cual le obligó un criado a arrodillarse, lo llenó de indignación. Mas era lo bastante diplomático para dobligar su irritación:

—Me alegro de conocerla.

—Tome asiento. Sepa usted, señor Kelsey, que mi padre lo esperaba esta tarde en el castillo.

—He querido visitar primero las oficinas. Me pareció más correcto.

—De igual modo lo hubiera sido que se dirigiera a nuestro castillo. — Con gentil desenvoltura, que molestó a Burt aunque no lo confesara, añadió —: Llamaré por teléfono a papá y a *sir* Dawes. Les agradecerá saludarle.

Se dispuso a marcar el número, pero Burt se inclinó hacia ella y se apresuró a decir:

—No lo haga. Cambiaré impresiones con usted, y luego pasaré a descansar un poco en mi hotel. Por la tarde tendré mucho gusto en visitarles de nuevo.

—En modo alguno, señor. Mi padre tiene intención de invitarle a nuestro castillo. Si se instala usted en el hotel, se ofendería.

No lo deseaba. Él había ido a Merthyr-Tydfil a despojar a aquella gente de sus minas. Y esperaba liquidar el asunto cuanto antes. No estaba, pues, dispuesto a admitir sus amabilidades. ¿La hija de lord Crowther, de secretaria en la oficina? Era lo que menos podía esperar.

Él recordaba a una niña de trenzas rubias y ojos melados, orgullosa y fría. Una niña de siete años que le tiró nieve a la cara. Y hete aquí que se encontraba con una joven afable, bellísima, llena de encanto, que, con sencillez, le invitaba a instalarse en el castillo. No, no. Él necesitaba toda su fuerza moral para hacerles tanto daño como le hicieron aquel día que, corriendo, siguió solo el féretro de su padre muerto, hacia el cementerio.

* * *

—Por favor —dijo ella, deteniendo los pensamientos de Burt—, tome asiento.

—Prefiero volver en otro momento. Agradezco su amabilidad, señorita Sonia, pero tengo precisión de descansar. Hace varios días que viajo sin detenerme, llegué ayer de Filadelfia, y viajé buena parte de la noche para llegar aquí esta mañana.

—Le serviré una taza de café.

—¡Oh, no! No se moleste.

—No es molestia, señor Kelsey. Es un placer para mí poder serle útil.

No, no quería tanta amabilidad. Él no había ido allí a tomar café, servido por aquellas bellas manos, ni para oír la voz suave y educada de la aristócrata elegante, convertida de pronto en secretaria.

Detuvo sus pensamientos. Sonia se puso en pie, y Burt, que no era hombre indiferente ni mucho menos a los encantos femeninos, parpadeó. Ante aquel cuerpo esbelto y Cimbrente, ante aquella cabeza arrogante y aquellos modales exquisitos que le hacían recordar a Flossie Wilson... ¡Maldita sea! ¿Por qué tenía él que ser tan impresionable? Apretó los labios y desvió los ojos de aquel cuerpo. Sonia, indiferente a la muda contemplación de que era objeto, aunque la presentía porque estaba habituada a la admiración de los hombres, se aproximó a una ventanilla, pulsó un botón, se abrió la ventanilla y Sonia metió la mano y sacó una taza de humeante café.

—Tómelo usted. Hace mucho frío en estos lugares. Indudablemente —añadió, depositando la taza de café sobre la mesa, frente a Burt— en Londres también hace frío, pero nunca como en estas ciudades. En el centro de Merthyr-Tydfil no se siente tanto. Tome asiento, por favor.

Como sugestionado, Burt se sentó y aceptó el café.

—Gracias —dijo—. Muchas gracias.

—Si me lo permite, me sentaré frente a usted.

Lo hizo sin esperar respuesta, y encendió un cigarrillo, que fumó con deleite, y tanta femineidad, que Burt de nuevo apartó de ella la mirada.

—¿Piensa estar mucho tiempo entre nosotros, señor Kelsey?

—Depende.

—Sepa que soy la encargada de hacerle los honores.

La miró, escrutador.

—Es usted hija del lord Crowther.

—Sí. ¿Y bien?

—Es lo que yo me pregunto, *lady* Sonia.

—¡Oh, no! —rio ella, divertida—. No me llame *lady*... Aquí soy Sonia a secas. Cuando una joven se dedica a los negocios, no se puede perder el tiempo en tratamientos.

No salía de su asombro, y, con franqueza, exclamó:

—La imaginaba a usted en un salón perfumado, entre flores y muebles de lujo.

Sonia abrió mucho los ojos.

—¿Es que... conocía mi existencia?

Burt se mordió los labios. Rápidamente dijo:

—No desconocíamos que lord Crowther tenía una hija.

—¡Ah! —y con curiosidad—. ¿Conoce usted a mi padre?

—Tenemos negocios con él desde hace algunos meses.

—¿Le conoce personalmente?

—No.

—Ya. ¿No se toma su café? Una vez lo haya hecho, tendré mucho gusto en acompañarle al castillo.

—En modo alguno. Tengo el coche esperando. Me trasladaré a un hotel, y, por la tarde, una vez haya descansado, les visitaré en el castillo.

—Le aseguro que no se lo permitiré —rio ella gratamente—. Papá no lo admitiría. Se instalará usted en nuestro castillo mientras permanezca en la ciudad.

—Señorita...

—No le acepto disculpas —dijo ella, enérgica y afablemente.

Burt se sintió molesto. Tanta amabilidad le sorprendió. Él era un hombre de negocios, y había ido allí a despojar a Crowther de lo poco que le restaba de sus minas. Era un asunto ligero, sin muchos quebraderos de cabeza. Y él no estaba para perder el tiempo. Y aquella amabilidad lo confundía.

Se puso en pie, y Sonia le imitó. Se preguntó si aquella mujer había sido puesta allí precisamente para frenar sus impulsos. No, por supuesto. Trató de disculparse amablemente, pero ella, como si penetrara en sus pensamientos, se apresuró a coger el abrigo y exclamar:

—Estoy dispuesta, señor Kelsey.

Entonces Burt dijo:

—Se lo agradezco, pero no puedo aceptar.

Fueron tan secas sus palabras, que Sonia, paralizada, no tuvo valor para insistir.

* * *

Aún no se había instalado en el hotel cuando irrumpió en el vestíbulo lord Crowther en persona. Lo reconoció al instante. Más viejo, blanco el cabello, arrugas en el rostro, si bien el mismo hombre gallardo y elegante personal y aristócrata. El mismo que dejó enterrar a su padre sin acompañamiento. El mismo que por mediación de otro le ofreció un puesto de limpiador de oficinas... Se mordió los labios. No tendría piedad de él. ¿Qué, entretanto no lo despojaba de sus bienes, debía ser amable y complaciente? Lo sería, mas no por eso, al final de su investigación, dejaría de obrar como se había propuesto. Lo haría, sí, y le agradecería verlo llorar. Llorar como él lloró aquel día, cuando la fría y fúnebre carroza rodaba solitaria camino de la última morada de su padre.

Lord Crowther, elegante, muy señor, muy bien vestido, se aproximó a él con la mano extendida.

—Caballero —exclamó—, cuánto me alegra conocerle. Porque —rio amable— supongo que será usted el enviado de la Compañía Kelic.

—Por supuesto.

—Yo soy lord Crowther.

—Encantado de conocerlo —dijo Burt, estrechando la mano que se le tendía.

—No puedo consentir que se instale usted aquí. Mi hija me telefoneó advirtiéndome su llegada, y me apresuré a venir. Tendrá usted que acompañarme, señor...

—Kelsey.

—¿Kelsey? ¿Forma parte de la compañía?

Burt respondió con sencillez:

—Soy uno de los dos accionistas más importantes.

—¡Oh! —Y ocultando su temor, se apresuró a añadir—. Tendrá usted que acompañarme. No puedo consentir...

—Se lo agradezco, señor, pero...

—No, no. No me haga usted ese desprecio.

En modo alguno quería acompañarle, mas cuando quiso darse cuenta ya se hallaba en el auto de lord Crowther, y el suyo rodaba detrás, conducido por su ayudante.

—Le agradecerá el castillo y sus alrededores. Sepa que tiene cotos de caza, grandes alamedas, y mi hija le hará los honores. Comprenda, señor Kelsey, usted no puede hospedarse en un hotel. Tiene que ser nuestro huésped de honor.

—Tendré que desplazarme muchas veces a Merthyr-Tydfil —dijo Burt— y no puedo abusar de su hospitalidad.

—Muy al contrario. Me sentiré ofendido si no se hospeda en mi castillo —y sin transición, mientras conducía el auto, preguntó—: ¿Conocía usted Merthyr-Tydfil?

—Sí.

Lo miró con asombro.

—¿Lo conocía? Tanto mejor. Se sentirá a gusto entre nosotros. Seguro que no tendrá prisa en regresar a Londres.

«Tan pronto como ponga todo en claro y te quedes sin una libra», pensó Burt. Pero en voz alta exclamó:

—Tengo muchos negocios pendientes en Londres y en Filadelfia, e incluso en Nueva York, adonde me desplazo una vez al mes, pero de todos modos pienso pasar aquí una o dos semanas.

—Magnífico. Organizaré una cacería, y se divertirá usted.

Burt encendió un cigarrillo y pensó que la actitud de lord Crowther, al igual que la de su hija, tenía algo de sospechoso. No se dejaría embaucar. Él había ido a aquella ciudad, no solo a ultimar un negocio, sino a vengar la inhumana forma en que su padre fue trasladado al cementerio, y la acción que tuvo lugar en el parque del castillo, donde un criado lo obligó a arrodillarse ante una mocosa aristócrata. La mocosa que ahora era una mujer espléndida.

«Soy demasiado impresionable —pensó seguidamente—. Me parece muy hermosa esa muchacha que ahora hace el papel de secretaria. Si hubiera tenido a Flossie, tal vez no me habría parecido tan guapa esta mujer...».

—¿Ha visto usted a *sir* Dawes?

—No, señor.

—Es un gran hombre de negocio. Trabaja conmigo desde que mi padre me dejó en propiedad estas minas.

Burt pensó qué diría *sir* Dawes cuando lo viera. ¿Lo reconocería? No. Habían pasado muchos años, y, por otra parte, el nombre de Kelsey le sería tan indiferente como a lord Crowther. Claro... su padre había sido tan solo un minero. Uno más de los muchos que fallecían cada año en aquella comarca. Pero había una diferencia. Kelsey había sido su padre. Y los demás no le importaban.

—Ya hemos llegado —exclamó lord Crowther, deteniendo el auto ante la escalinata principal.

En lo alto, Burt vio a Sonia.

IV

Kelsey desapareció tras el lacayo enfundado en una rica librea, que lo conducía a su cámara, y Sonia miró a su padre.

—Creo que de principio nos hemos comportado bien —dijo el caballero, pasando una mano por la frente—. Pero, repito, no me gusta verte mezclada en este asunto, Sonia.

—No creas que lo has convencido, papá. Ese hombre trae algún objeto, y por nada ni nadie lo olvidará —se hundió en una butaca y encendió un cigarrillo. Pensativamente, añadió—: Se diría que no fuimos capaces, con nuestra amabilidad, de derretir el hielo que lo recubre. ¿Y sabes, papá? Me da la sensación de que nos conoce.

—Posiblemente. Aunque no sé qué relación puede tener ese hielo con nosotros.

—Yo tampoco. Pero recuerda que estudié tres años de psicología.

—¿Y bien? ¿Qué has descubierto?

—Que hay algo más bajo su frente. Algo más que la idea de hacer una simple investigación.

—Sonia, te diré una cosa. Si este hombre descubre nuestra verdadera situación, considerará que la Compañía Kelic es demasiado poderosa para nosotros, y anulará no solo el contrato, sino que, con todo derecho, nos liquidará a nosotros, y me quedará apenas con las minas.

—Y eso es lo que hemos de evitar, ¿no?

—Eso es lo que tú y *sir* Dawes os empeñáis en evitar, y yo os hago caso.

—Va en ello nuestro honor, papá —dijo la joven amargamente—. Nuestro honor y nuestro prestigio económico. No estamos en el tiempo del feudalismo en que los blasones eran más importantes que el dinero.

—Lo sé.

—Lucharemos. Te aseguro que le será difícil descubrir el verdadero estado de nuestra economía.

—Suponiendo que no lo traiga sabido de Londres.

Un criado anunció en aquel instante la llegada de *sir* Dawes.

—Que pase al instante.

Ya lo tenían ante ellos.

—Acabo de enterarme —dijo el recién llegado, nerviosamente.

—Tome asiento, *sir* Dawes —invitó Sonia—. Papá y yo estamos tratando de evitar la derrota.

—¿Será posible?

—Lo será —opinó Sonia con energía—. No creo que se atreva con una mujer.

—Un hombre de negocios, Sonia, hija mía...

—Un hombre de negocios —cortó ella con decisión— es un ser vulnerable como otro cualquiera. Tendrá un poco de delicadeza, y no se atreverá a luchar con las cartas boca arriba, con una mujer que se empeña en no leerlas.

—Señorita Sonia...

—¿Por qué no dejan ustedes este asunto de una vez?

—Porque no puede ser. Abandonaremos una parte, pero en modo alguno toda.

—Dejémoslo por un momento —dijo lord Crowther—. Oígame, *sir* Dawes, no se trata de un tipo vulgar. No es un ingeniero más de la compañía, es un accionista de dicha compañía.

—¿Un accionista?

—Uno de los dos principales: Se llama Kelsey.

Sir Dawes frunció el ceño.

—¿Kelsey? Diantre, me suena ese apellido.

—También a mí. Pero no sé de qué.

—Hay muchos apellidos iguales —opinó Sonia, indiferente—. Y tampoco me asusta el hecho de que pertenezca a la compañía. Tenemos armas para luchar contra él.

—¿Qué armas? —preguntó el padre.

Sonia alzóse de hombros.

—La astucia, y lo he dicho. ¿Por qué no me dejáis a mí?

—No sería honrado que recayera todo el peso sobre usted, «*milady*».

—Le he dicho muchas veces, *sir* Dawes, que se olvide usted del tratamiento cuando hablamos de negocios. ¿Vamos a tomar el té?

* * *

Correctamente vestido de gris con un cigarrillo entre los labios, Burt se hallaba en la terraza, junto a su ayudante.

—Bill —exclamó de pronto—. Esto es una encerrona.

—Tal vez te equivoques.

—Sabes que no me equivoco fácilmente. Yo he venido aquí a tratar de negocios, no a recibir cortesías.

—Podemos tratar de negocios mañana, Burt —se impacientó el otro ingeniero—. A última hora, acabamos de llegar, como el que dice. Esta gente se cree obligada a nosotros. Nos trata como merecemos.

—No seas absurdo. Ya te dije que este hombre tan cortés —lo recalcó— dejó que mi padre fuera solo al cementerio.

—Bueno, eso pertenece al pasado.

—Un pasado que yo tengo presente, porque lo viví y lo sufrí. Y esa niña...

—Que es una bella mujer —opinó Bill burlonamente.

—Bueno, esa fue quien me hizo arrodillarme...

—Olvida el pasado, Burt. Y dedícate al presente.

No pudo responder, porque Sonia, bella y encantadoramente femenina, apareció en la terraza.

—Señor Kelsey, señor Whalley, qué abandonados los tengo.

Bill dijo entre dientes:

—Me asusta tanta belleza. Voy a coger el auto y me iré a dar una vuelta por la ciudad. Ahí te dejo con ella.

Se inclinó ante la joven y se alejó. Sonia le despidió con una sonrisa, y se aproximó a la balaustrada.

—¿Le gusta la música, señor Kelsey? —preguntó amablemente.

—Según qué música sea —replicó Burt, todo lo cortés que pudo.

—La clásica.

—Pues no —dijo sincero—, la música clásica me llena de nostalgia, y yo soy un hombre optimista. Prefiero la música moderna.

—No coincidimos.

—Lo siento por usted.

—¿Le interesa dar un paseo por la alameda del parque?

—Como usted guste, pero le advierto que no vine aquí a pasar el rato. He venido a tratar de negocios.

—¡Oh! Hay tiempo para todo. Olvide por un instante que es usted un hombre de negocios, y dedíquese a descansar y dar gusto al espíritu. Nuestro castillo es digno de ser contemplado detenidamente.

Burt se sentía malhumorado por varias cosas. Porque deseaba odiar a aquella gente y no podía. Porque la amabilidad de que era objeto restaba energías a su venganza. Porque estaba allí para hablar de negocios y deseaba marchar cuanto antes; porque lo habían invitado y se sentía comprometido y obligado a una cortesía que no iba en armonía con su carácter, y porque aquella muchacha era demasiado bella y le gustaba. Le gustaba, sí, pero antes le gustaron otras, y no por eso las amó.

Descortés, dijo:

—No soy aficionado a las viejas fortalezas, señorita Crowther.

—¿Qué hace usted en Londres? —preguntó ella de pronto, como si no se diera por aludida, con encantadora ingenuidad.

Kelsey la miró brevemente. O era tonta o demasiado lista. Y ninguna de ambas cosas le agradaba.

—Me dedico a los negocios.

—¿Es usted soltero?

—Por supuesto —dijo rápidamente.

—Lo dice usted de una forma —rio— como si el matrimonio le causara espanto.

—En cierto modo me lo causa. No soy hombre que se ate a una obligación sentimental.

—Por lo visto, para usted el amor es tan poco importante como nuestra fortaleza.

—Se equivoca. El amor es muy importante en la vida del hombre, cuando el hombre lo siente, naturalmente.

—Por lo que observo, usted jamás lo ha sentido.

La miró otra vez y preguntó burlescamente:

—¿Lo sintió usted?

Ella se ruborizó bajo el peso de su mirada. A Burt le pareció más femenina e infinitamente más bella.

—No. Nunca lo he sentido —dijo bajo.

—Y lo hubiera querido sentir.

—Como todas las mujeres. No creo que usted me considere distinta de la generalidad femenina.

No dijo cómo la consideraba. Paseaban por el parque y, de pronto, Sonia se detuvo.

—Mire quién llega. *Sir Dawes*. Tendré mucho gusto en presentárselo.

El caballero de cabellos blancos y aguda mirada, ya estaba a su lado. Burt lo miró y *sir Dawes*, parpadeante, exclamó:

—¿No nos hemos visto en alguna parte?

—Posiblemente.

—Señor Kelsey —presentó Sonia, sin reparar en la atención que ambos caballeros se prestaban mutuamente—. *Sir Dawes*.

Los dos hombres se estrecharon las manos y, juntos los tres, se dirigieron al castillo.

* * *

—Se ha quedado usted pensativo, *sir Dawes* —dijo Sonia cuando la alta figura de Burt se perdió tras la puerta.

—En efecto. Hay algo en ese hombre que me resulta familiar. Apostaría que no es la primera vez que lo veo.

—Lo confundirá con otro.

—No. Lo he visto antes, no sé dónde ni en qué circunstancias, mas es evidente que su rostro me es familiar y hasta su apellido. Lord Crowther —añadió, mirando al caballero que, recostado en la ventana miraba hacia el jardín—, ¿no le dice a usted nada ese apellido?

—Fue una impresión repentina cuando lo oí —dijo sin volverse—, pero luego lo asocié a la Compañía Kelic.

—No se trata de eso.

—¿Qué miras, papá?

—Al señor Kelsey. Pasaba por el parque fumando un cigarrillo, cuando Jim, nuestro jardinero, lo detuvo. Hablaron un rato y Kelsey continuó su camino, y Jim aún permanece parado, contemplando la ancha espalda de nuestro invitado.

—Llame usted a Jim —pidió *sir* Dawes burlonamente, al tiempo de dar una chupada a su cigarrillo—. Tal vez este, con sus ojos de viejo lince, pueda sacarnos de esta duda. Llámeme usted, por favor.

Sonia pulsaba el timbre en aquel mismo instante, y apareció una doncella.

—Diga usted al jardinero que venga al instante.

—Sí, *milady*.

Segundos después, Jim se presentaba en el salón, con la gorra arrugada entre los dedos.

—¿Qué le ha dicho el señor que detuvo usted hace un instante? —preguntó Sonia.

—Es el hijo del viejo Kelsey, *milady*. Era *milady* muy joven cuando su padre falleció. Recuerdo que yo mismo le hice arrodillarse ante *milady*.

Padre e hija se miraron. *Sir* Dawes, más sereno, se acercó al jardinero y tomó la palabra.

—¿A qué viejo Kelsey se refiere usted?

—Se casó mayor. Su esposa falleció al dar a luz al joven que encontré en el parque —explicó el jardinero, complacido de poder hablar ante sus amos—. El niño se crió en brazos de los vecinos. Más tarde, cuando el joven tenía unos diecisiete años, falleció el padre.

—¿A qué se dedicaba el padre, Jim?

—Era minero, *milady*.

—¿Minero?

—Sí, *milady*. Yo lo recuerdo porque vi a Burt Kelsey seguir el féretro de su padre, solo y corriendo, pues se negó a subir al pescante.

—Ya... —*sir* Dawes mojó los labios—. Ya sé a quién se refiere. Puede retirarse, Jim. Y gracias. Le ruego que no hable de eso al señor Kelsey.

—Sí, señor.

Se alejó. Hubo un largo silencio en el salón. Los tres se miraron, intranquilos, un tanto asustados.

—Bueno —exclamó lord Crowther, rompiendo aquel embarazoso silencio—. Ya sabemos... por qué nos es familiar el apellido.

—Temo que las cosas se compliquen.

—¿Por qué, *sir* Dawes? —preguntó Sonia, intrigada.

—Usted era demasiado niña cuando ocurrió aquello. Yo recuerdo al joven orgulloso que se presentó en mi despacho y se negó a limpiar las oficinas. Recuerdo también que el viejo Kelsey, con lo poco que ganaba, pagaba las clases particulares de su hijo. Recuerdo asimismo que tenía un hermano rico en Londres...

—¿Y tú, Sonia? —preguntó muy bajo el padre—. ¿No recuerdas al joven que se arrodilló ante ti?

—No tengo ni idea, papá.

—Bien. Ahora ya sabemos que no se trata de una compañía interesada en nuestros negocios, sino de una venganza personal.

—Puedes equivocarte, papá.

—No, hijita. Me doy cuenta en este instante de todo lo que persigue ese hombre. Kelsey, por lo que sea, no olvidó que existíamos, y al verse hecho un ingeniero y con dinero, mucho dinero, concentró su atención en nosotros. ¿Porque un hombre fue minero y no lo acompañaron al cementerio, o porque un criado lo hizo arrodillarse ante una niña?

—O también pudo ser porque yo le ofrecí como empleo el limpiar las oficinas.

—Como quiera que sea, hemos de vérnoslas, con un sujeto peligroso, que no está dispuesto a permitir nuestro resurgimiento. Me parece, Sonia, que debes retirarte de este asunto.

—Ahora —decidió la joven— me interesa más que antes. Creo que, para luchar con él, lo primero que debemos hacer es ignorar que sabemos quién es.

—Considero acertada la sugerencia de su hija, milord.

Este pasó los dedos por la frente.

—Hagan ustedes lo que les parezca. Considero que vamos al fracaso, de cualquier forma que sea.

V

Se hallaba sola en la oficina cuando Burt, muy de mañana, se presentó en ella. La joven lo recibió sonriente, pero él, o estaba de muy mal humor, o no deseaba la sonrisa de la aristocrática joven que jugaba a ser secretaria. Dio los buenos días, colgó el sombrero y el gabán, y entró de lleno en el asunto.

—Señorita Crowther, quisiera hacer una investigación en los archivos y en los libros de contabilidad.

—Naturalmente, señor Kelsey. Precisamente yo iba a hablarle de ello esta tarde.

—Siento haberme adelantado.

—Está en su derecho. ¿Prefiere que lo acompañe su ayudante...?

—No lo he traído.

—Entonces, permítame que le preste mi ayuda.

—La acepto.

—¿No esperamos por *sir* Dawes?

Burt se derrumbó en una butaca, frente a la mesa tras la cual se hallaba sentada la joven, y tamborileó con los dedos en el tablero. Ella se apresuró a ofrecerle una caja de cigarrillos.

—Puede fumar, señor Kelsey.

—Gracias. Nunca fumo hasta después del almuerzo.

—Es usted metódico.

—No lo soy. Es una costumbre adquirida de mi padre.

—¿Ingeniero como usted?

—¡Minero!

—¡Ah! —y con una sonrisa encantadora—. Cuando quiera, podemos empezar.

Trabajaron toda la mañana. Sonia intercalaba sus opiniones personales por aquella u otra cosa que no iba al caso, pero que distraía la mente de Kelsey. Se mostró ingenua, enternecedora, personal, avispada, optimista. Hasta el extremo de que Burt, cuando llegó la hora de la comida, arrugó la frente y exclamó, enfadado:

—¿Qué lío tienen ustedes aquí? No entiendo nada. O fue que su charla me distrajo, o que esto es un verdadero embrollo. No me explico qué clase de contabilidad llevan ustedes. ¿De cuándo data esto?

—De siempre, señor Kelsey —dijo con serenidad tal, que Burt se sintió desarmado, y, apretando los puños, se juró largarse de aquella oficina cuando antes y enviar a Bill.

No estaba él para tratar con secretarias semejantes. Necesitaba, o bien trabajar mucho, o que lo hiciera Bill, quien, indudablemente, se hallaba al tanto de aquel asunto como él mismo.

—Tengo los nervios destrozados —comentó Burt, al cabo de un rato de silencio—. ¿Puede darme ahora un cigarrillo?

—No almorzó usted, señor Kelsey.

—Al diablo. Oígame, señorita, no me parece propio que una joven como usted lleve el peso de estas minas.

—No es así, señor Kelsey —rio suavemente—. Yo estoy en la dirección. Pero si usted hiciera un recorrido por las dependencias de esta oficina, vería que cincuenta hombres trabajan sin descanso en los departamentos contiguos.

—Escuche...

—¿No se siente fatigado?

—Claro que no.

Pero lo estaba. Cansado como jamás lo estuviera, y toda la culpa la tenía ella. No pensaba decírselo. No tendría valor. ¡Era tan ingenua y tan bella a la vez, y parecía tan inocente! Era la primera vez que tropezaba con una secretaria hermosa, femenina, que no olvidaba su condición de mujer ni aun tratando de negocios.

—Hemos empleado —dijo, sarcástico— muchos miles de libras en estos negocios. Hemos considerado que la inversión merecía la pena. Llegué aquí

hace una semana para investigar, es hoy el primer día, y estoy más desconcertado que antes de llegar.

—No se preocupe. Aún le quedan unas fechas, y le prometo que le ayudaré.

Le ayudó, en efecto. Pero no hizo más que interrumpirle, y lo curioso es que Burt, tan vivo para las mujeres, no se dio cuenta de aquella astucia femenina que le envolvía y hacía fracasar sus investigaciones. Y para mayor colmo de males, al finalizar la semana. Sonia le hizo, con su ingenuidad habitual, esta pregunta:

—¿No podríamos recuperar la fundición, señor Kelsey?

* * *

Quedó desconcertado. Desde hacía seis días apenas si se detenía en el castillo. Vio a lord Crowther una sola vez, aparte de las horas de las comidas, en que no se hablaba de negocios. Y a *sir* Dawes lo encontró varias veces, indiferente, haciendo su recorrido matinal, tranquilo y optimista. Esto le intrigó y lo desconcertó. Le hizo comprender que su impresión con respecto al estado económico de aquellas minas era equivocada, y más aún lo creyó así cuando la misma Sonia, serena y afable, le hizo aquella pregunta.

Se hallaban los dos dando fin a la exploración investigadora, de la cual Burt no sacó en limpio nada en absoluto, debido mayormente a la charla simpática de la joven. Lo distrajo de tal modo con su voz y sus dichos graciosos, que no fue capaz, él tan ducho en los negocios, de saber con certeza lo que ocurría en aquellas minas.

Por eso se quedó paralizado cuando Sonia hizo aquella pregunta. Alzó la cabeza y se la quedó mirando, asombrado.

—¿Desean ustedes —tartamudeó— recuperar la fundición?

—Eso he dicho, señor Kelsey.

—Pero... —aplastó la mano sobre el último libro abierto— aquí no veo... ganancias fabulosas.

—No lo son. Pero nuestros fondos en reserva las respaldan. Sepa usted que la venta de la fundición fue debida a una imprudencia del administrador.

Por eso —rio encantadoramente— ocupé yo esta oficina. Mi padre recibió un gran disgusto —y con sutileza añadió—: Estamos dispuestos a dar por ella el doble de su valor.

Al decir esto pidió a Dios que le perdonara la mentira, y, sin asustarse, pensó que, de aceptar Kelsey, pediría a su padre que hipotecara el castillo. Era una operación peligrosa, pero la única capaz de devolverles la estabilidad económica y de darles valor ante aquel hombre que les odiaba y ocultaba su odio bajo una sonrisa mundana.

—De modo que están ustedes dispuestos a recuperar la fundición.

—Naturalmente. Ya le he dicho que nos encontramos bien de fondos. Por otra parte, las minas nos producen buenos dividendos...

—No los veo claros.

—¿Cuál es su propósito, señor Kelsey?

Mientras ojeaba distraídamente un libro, Burt recogió el guante y lo guardó, o sea se reservó sus propósitos.

—Bueno —dijo al cabo de un rato de silencio, siempre observado por los bonitos ojos color de miel—. ¿Qué le parece si nos despedimos cenando en Merthyr-Tydfil?

—Mi padre nos espera en el castillo.

—Telefonéele usted.

—Tendré que ir a vestirme, señor Kelsey, en el supuesto de que acepte su invitación.

—Está usted muy bonita.

Era la primera vez que lo decía, y ella se echó a reír con coquetería.

—¿Es una galantería, señor Kelsey?

Burt parpadeó. ¡Demonio de mujer! Pues no, no era una galantería como tantas otras. Era la pura verdad. Y lo asombroso para él era que estaba olvidando la muerte de su padre, la escena en el parque, cuando hubo de ponerse de rodillas ante una niña de siete años, y hasta el empleo de limpiador de oficinas, que le ofreció *sir* Dawes. Enojado consigo mismo, se puso en pie y exclamó:

—No, no es una galantería. ¿Acepta usted?

—Por supuesto.

—Vamos, pues.

* * *

En principio, y aun sin darse cuenta, se miraron con recelo. Después, a medida que la comida avanzaba, se animaron los dos, y se vieron únicamente como dos amigos.

—¿No tiene usted amigos en la ciudad? —preguntó él, de pronto.

—Me eduqué en un colegio londinense. Paso las vacaciones fuera. Los inviernos me gusta dedicárselos a papá.

—Y a los negocios.

—Pues sí.

—¿Y no se aburre?

—Nunca. El aburrimiento no puede entrar en mí, porque soy optimista.

La contemplaba, intrigado.

—Es usted muy bella —dijo él, de pronto—. Es extraño que los hombres la dejen en paz.

—Usted es un hombre —rio ella— y, no obstante, se ha limitado siempre a tratar de negocios.

—He venido a eso. Pero sepa usted que ni un solo momento dejé de darme cuenta de que es usted una mujer hermosa.

—¿Debo agradecersele?

—Si lo hace, es que no cree en su auténtica belleza.

—Nunca me he detenido a contemplarme a mí misma. Ni nunca creí a los hombres que me lo decían.

—¿Ni a mí?

—Usted lo hace de pasada. Casi puedo creerlo.

—Sonia... ¿Me permite que la llame así?

—Desde luego. Si es que vamos a seguir siendo socios.

—Y seguiremos.

—Tendremos que vernos con frecuencia.

—¿Quiere que le diga una cosa? Hace unos días que llegué aquí, convencido de que estaban ustedes en la ruina.

—¡Oh! ¿Cómo es posible que haya creído eso?

—Mis investigadores así lo confirmaron.

—Ha dispuesto usted de un investigador pésimo.

—Eso observo. De todas formas, me alegro, por usted, de que las cosas no se hayan desarrollado como yo esperaba.

Sonia pensó que si descubría algún día la trampa en que había caído, no se lo perdonaría tan fácilmente como el hombre arrodillado en la nieve. Por otra parte, tendría que pedir a su padre que hipotecara el castillo, y sabía lo terrible que para el autor de sus días iba a resultar aquella solución.

—¿Desea bailar? —le preguntó de pronto.

—Es tarde, señor Kelsey.

—Si usted es para mí Sonia, yo seré para usted Burt.

Y al decir esto, pensó en lo qué diría Li-Chan-Yen si lo oyera. «Te pierden las mujeres. Las mujeres no son como los hombres. ¿Cómo es posible que esperes ser duro con los Crowther? Lo serías si no apareciera esta mujer».

Sacudió la cabeza, alejando estos pensamientos, y se puso en pie.

—Vamos, Sonia. Hemos trabajado demasiado esta semana. Olvidemos por un instante que somos socios comerciales. Pensemos que somos un hombre y una mujer.

—Le aseguro que es muy tarde.

—Una pieza tan solo. —Y con súbito ardor, muy característico en él—. No me prive de abrazarla un instante.

—Señor Kelsey...

—Llámeme Burt.

Y enlazándola por la cintura, la llevó hasta la pista.

Sonia se sentía un poco aturdida. Aprendió a bailar en el colegio. Fue presentada en sociedad en un salón familiar, dos años antes, y desde entonces se recluyó en el castillo y no hizo vida de sociedad. De pronto, un hombre diferente surgía en su vida... ¿Qué ascendiente llegaría a tener aquel hombre en su existencia? Ninguno, tal vez. Se marcharía al día siguiente, y quizá los dejara en paz, limitándose a seguir en la sociedad, sin hacer más investigaciones. Era preciso que, por si se le ocurría volver a investigar, tuvieran preparada la hipoteca del castillo.

—¿En qué piensa usted? —preguntó él, atrayéndola hacia sí.

—¡Oh!

—¿En qué?

—En nada que pueda interesarle.

Burt la miraba, cegador. Ella se vio obligada a bajar los ojos, roja como la grana. En aquel instante ya no era la mujer de negocios, sino una simple mujer, y a esta mujer la dominaba Burt.

—Recordaré siempre sus ojos, Sonia.

—¿Por ser míos, o porque le gustan?

—Llámeme absurdo, pero déjeme decirle que por las dos cosas.

—Observo que está usted muy habituado a piropear a las mujeres. Yo, en cambio, no estoy acostumbrada a tratar a los hombres.

—Me confunde, Sonia. La verdad es que soy hombre que va al objetivo, sin preámbulos. No estoy habituado a piropear a las mujeres, sino a tenerlas cuando las deseo.

—Burt, ¿no es usted un vanidoso?

La apartó un poco para mirarla.

—¿Le digo la verdad, Sonia?

—Se lo agradeceré.

—En el amor no creo. Creo, sí, en la existencia del recuerdo amoroso. A usted la galanteo porque me afluyen las palabras sin molestarla. Y porque con usted el recuerdo habría sido una ofensa.

—Gracias por la consideración que le merezco —dijo, burlona.

—¿Le he parecido un pedante?

—¿Me deja que le diga la verdad?

—Se lo agradezco.

—Sí —rio—. Me pareció usted un pedante chistoso.

Quedó cortado. Ni esperaba parecerle pedante, ni que ella se mostrara tan sincera para decírselo. Reaccionó, y su paciencia, su sentimentalismo, se evaporó.

—Ciertamente —dijo al cabo de un rato—. Es tarde. ¿Desea que la lleve a casa?

—Si ya se despidió de mi padre y de *sir* Dawes, y marcha usted al amanecer, supongo que su ayudante se hallará ya en el hotel.

—Así es.

—Pues no se moleste en llevarme a casa. Por la ventana veo al chófer y nuestro coche. Papá me habrá enviado el auto para evitarle a usted el volver al castillo.

La acompañó hasta la calle, y allí besó sus dedos.

—Sonia —dijo quietamente—, como hombre la he decepcionado.

Ella pensó que como hombre no, pero como financiero, sí.

VI

—Eso es imposible, Sonia —gritó lord Crowther, descompuesto—. Hija mía, te has vuelto loca. ¿Cómo puedes pensar, tú, una Crowther, en semejante cosa? Hemos salvado el momento crítico —añadió, sofocado—. No hay, pues, por qué preocuparse.

Sonia no respondió en seguida. Se diría que en aquel instante su padre la había convencido, dada la impasibilidad de su mirada. Mas no era así. Catalogaba a su progenitor y pensaba que jamás había sido un buen industrial, aunque sí un exagerado aristócrata. Y para ser un buen industrial no podía pensar en su aristocracia.

Descruzó las piernas y con calma encendió un cigarrillo. Expelió el humo lentamente. Sentía sobre su rostro la aguda mirada de su padre y la no menos aguda de *sir* Dawes, quienes, sentados frente a ella, esperaban sin duda alguna un nuevo ataque, pues, dado el carácter decidido y emprendedor de Sonia, era inútil confiar en que se conformara con aquella breve explicación.

En efecto, la joven sacudió elegantemente la ceniza de su cigarrillo. Al rato, dijo serenamente:

—Y usted, *sir* Dawes, vaya pensando en hipotecar su hermosa granja avícola.

De un salto, el aludido se puso en pie y contempló a Sonia como si esta fuera una aparición de otro mundo.

—No me miren ustedes así, porque no soy un ser resucitado. Estoy viva, y he calculado bien las consecuencias de todo lo acaecido en los últimos días. Tengan en cuenta que tan pronto llegue a Londres, Burt Kelsey investigará. He logrado distraerlo, pero solo de momento. Estoy segura de que no marchó satisfecho de los resultados obtenidos. Es obvio que no solo lo trajo el deseo

de llevar a cabo un buen negocio, sino un odio personal, que, gracias a Dios, logré aplacar en parte. Pero no es eso todo. Cuando haga las averiguaciones pertinentes al caso, volverá, y esta vez nadie podrá evitar el escándalo, a menos que yo pueda justificar los fondos en reserva que mencioné, y solo podemos obtenerlos si hipotecamos la granja y este castillo.

Desencajado casi, pálido y tembloroso, lord Crowther exclamó:

—Jamás hipotecaré la casa de mis mayores. Sonia. Tu arma de trabajo no es eficaz.

—Temía que lo pensaras así —replicó la joven quietamente—. Pues te advierto, papá, que no hay otro remedio. Y usted, *sir Dawes*, tendrá que colaborar conmigo, a menos que desee verse envuelto en el escándalo.

—Sonia, hija mía...

—No, papá, no trates de enternecerme, porque de nada valdría. Desde que tengo uso de razón, te vi luchando por las minas. Cientos de hombres dependen de ti, y no solo esos hombres, sino las familias de estos. Os advierto —añadió con frialdad— que Burt Kelsey se dará cuenta del engaño de que ha sido objeto, y esta vez no lo perdonará.

—No podemos evitarlo, Sonia.

—¡Oh, sí, *sir Dawes*! Usted es lo bastante inteligente para darse cuenta de que hay una forma digna de evitarlo. Con dinero. Y puesto que no lo poseemos, hipotecar las fincas y hacer frente valientemente a la situación.

—¡Sonia, hija! —gritó ahogadamente su padre.

La joven lo miró, serena.

—Tus antepasados, papá, preferirán mil veces que seas un hombre digno, a que, por guardar la tradición familiar, arruines tu vida, la de tu hija y la de todos esos, empleados tuyos. —Se puso en pie, como dando por terminada la conversación—. No me queda nada más que decir. Tengan en cuenta que la bomba convertida en Burt Kelsey no tardará en estallar.

—Hija mía...

—Señorita...

—Lo siento, queridos míos. Me habéis dado poderes para sentarme ante la mesa de vuestro despacho. Hice grandes descubrimientos. No habéis sido previsores ni cuidadosos durante estos últimos años. Burt Kelsey decidió

arruinaros y lo logró. Pero aún queda un arma a nuestro servicio, y, solo esgrimiéndola bien, podemos salvar el escollo. Dinero, se necesita dinero.

—Y no lo tenemos, Sonia —gritó, aterrado, lord Crowther.

—Lo podemos obtener, papá, solo con hipotecar vuestras respectivas fincas de recreo. Es bien poco lo que se os pide, ¿no? Cientos de familias dependen de nuestra decisión. Si cuando Burt Kelsey regrese, yo puedo mantener mi oferta de compra de la fundición, habremos triunfado. Si ello no me es posible, la Compañía Kelic se hará cargo de las minas y vosotros habréis ido a la ruina, porque no creo que podáis mantener vuestro rango, solo con las fincas.

Lord Crowther y *sir* Dawes se miraron ansiosamente. Sonia, con fingida indiferencia, se dirigió a la puerta, y antes de salir aún añadió:

—Por mí no me preocupa la ruina. He descubierto una cosa interesante. Me agradan los negocios, y seguro que no me moriré de hambre ni de impotencia.

—Sonia...

—Solo hay una solución, papá. Piensa en ella —y, sin transición, añadió—. Voy a dar un paseo a caballo.

* * *

Kelsey empujó la puerta y penetró en su oficina Flossie escribía unas cartas a máquina. Al ver a su jefe, se puso en pie y lo saludó. Burt la miró brevemente, correspondió al saludo y, mientras colgaba el gabán y el sombrero en el perchero, indicó:

—Dígale al señor Li-Chan que lo visitaré al instante.

La joven, con su habitual parsimonia, abrió la palanca del dictáfono y anunció la visita de su jefe.

Burt lanzó sobre ella otra mirada. La comparó a Sonia Crowther. Venía inyectado de Sonia, y, con gran asombro, comprobó que sentía el mismo escozor de ansiedad ante aquella serena e inmóvil muchacha de mirada verde y quieta.

Malhumorado, pasó ante ella y penetró en la oficina contigua, atravesó luego un pasillo y se encontró en las dependencias de su socio.

—Burt —exclamó este, poniéndose en pie—. Ya creí que te quedabas en Merthyr-Tydfil —se estrechaban las manos—. Toma asiento, muchacho, y cuéntame qué ha pasado por allá. ¿Cuándo has llegado?

—Este mediodía. ¿Tienes un cigarrillo?

Le empujó la caja de laca.

—Tú, como siempre, sin cigarrillos y con mechero.

—Tengo una verdadera manía. Me olvido los cigarrillos en casa y luego fumo los de los amigos.

—¿Una copa?

—No. Acabo de tomar café en el Centro. Oye, Li, ¿tengo que decirte que he fracasado o ya lo adivinas?

Li tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—No eres tú de los que fracasan. Sería la primera vez, Burt. —Y con picardía, añadió—. ¿Acaso otra secretaria... atractiva?

—¡Li!

—Bueno —rio este—. Es lo que acostumbran a hacer los que están al borde del fracaso. Las secretarias guapas y atractivas suelen dar resultados satisfactorios.

—Li... —se agitó—, no me metas el fracaso en el cuerpo.

Li-Chan lo miró con asombro.

—¿Quieres decir que, en efecto, hubo una secretaria? —y antes de que él respondiera, jocoso y censor a la vez añadió—: Burt, eres una calamidad. Jamás has tenido novia, nunca te conocí una amante determinada, y, no obstante, te inflas como un globo, en cuanto tienes a tu lado una muchacha bonita. Un hombre tan completo, tan personal, tan inteligente como tú, y las mujeres te hacen polvo.

Burt se puso en pie y gritó, descompuesto, pues le molestaba que Li metiera el dedo en la llaga tan certeramente.

—No es cierto. No me inflo. Lo que pasa es que... —pasó los dedos por la frente—. Lo que pasa es que...

—Lo que pasa lo sé perfectamente. Toma asiento y ponme al corriente de lo ocurrido.

Burt, ya más seguro, se dejó caer frente a él. Fumó con prisa, como si en el cigarrillo hallara el sedante para sus nervios alterados. Li se echó a reír.

—Apuesto a que piensas que la amas.

—Li...

—¿Era bonita?

Burt no pudo por menos de exclamar:

—Como una aparición.

—Querido amigo...

—Sí, sí, ya sé lo que vas a decir. Cállatelo, por mil demonios.

—¿Quién era ella?

—Sonia Crowther.

—¡Ajá! La niña que te obligó a permanecer de rodillas en la nieve unos momentos. Caray, Burt, qué pronto has olvidado tu odio.

Muy agitado, se puso de nuevo en pie. De espaldas a su socio, gruñó:

—Por odio llegué a hacerme rico. Por odio adquirí las acciones y la fundición. Me estuvo bien, ¿verdad? —Se volvió hacia él—. Toda la vida tuve esta enfermedad. Soy enemigo del matrimonio, y sin embargo...

—Las mujeres te vuelven loco.

—Bueno..., ¿nunca sentiste ansia? ¿Fuiste siempre tan frío, Li?

—No hablemos de mí. Toma asiento de nuevo y refiéreme todo lo ocurrido.

—No hay ruina. Me hicieron una proposición.

—¿Y es?

—La compra de la fundición.

—¡Ajá!

—¿Qué dices?

—Que tu secretaria bonita como una aparición, te embaucó. Es más lista de lo que supones. Y una cosa, Burt. Es la primera vez que fracasas —alzó la voz—. Existe la ruina. Tan palpable es que, si no lo remediamos antes, habrán ido a la bancarrota antes de un año, y se verán obligados a cerrar las minas. Cada día que las minas permanezcan cerradas, la compañía se empeña en más cientos de miles de libras.

—¡No!

—Sí, amigo. Escucha con calma y te daré la explicación prontamente.

* * *

Li-Chan-Yen terminó de hablar y Burt permaneció callado.

—Solo hay una solución para ellos. Que nosotros, en vez de apoderarnos de sus minas, les ayudaremos. En un año se recuperarán y habrán pagado el préstamo. Pero tú —y lo miró agudamente— no querrás ayudar a tus enemigos.

—¡Por mil demonios que no!

—De acuerdo. Yo —añadió, burlón— no hubiera tenido inconveniente. A la larga, esas minas representarán mucho dinero.

—Pero pueden ser enteramente nuestras.

—No lo dudo, si bien las habremos conseguido a fuerza de venganza. Y me pregunto, ¿qué se saca con la venganza? Dinero algunas veces, soberbia otra, las más, decepciones...

—¿Qué quieres decir?

—Me has hablado muchas veces de mujeres —dijo Li, impasible—. En tu despacho hay una de esas mujeres que te encienden la sangre, pero jamás una de ellas te encendió el corazón, Burt.

—No irás a pensar que ahora...

—No lo he determinado aún, pero sí puedo decir que me parece que te interesa más que las otras.

—¡Paparruchadas!

—Posiblemente —y sin transición, como si olvidara la existencia de Sonia—. ¿Qué piensas hacer?

—Volveré.

—Si fracasas nuevamente y logran embaucarte...

—Una vez, Li, pero dos no hay quien engañe a Burt.

—De acuerdo. Como te necesito aquí esta semana, saldrás para Merthyr-Tydfil la próxima. ¿Qué te parece?

—Me gustaría volver hoy mismo.

—Y habremos perdido un buen negocio aquí.

Burt se puso en pie, y Li-Chan lo miró irónicamente. Con sarcasmo dijo:

—Te veo preocupado.

—Es la primera vez que fracaso ante un caso tan evidente.

—Distráete con Flossie.

—¿Con esa? —gruñó—. Es más fría que un témpano.

—¿Y qué haces tú que no derrites el hielo que la rodea?

—Te lo he dicho ya —se enojó—. Porque no me voy a casar con ella, y Wilson, su padre, no conoce el sentido del humor.

Li se echó a reír.

—Eres un don Juan elegante, Burt, pero careces de imaginación.

El joven sonrió sin responder, y cuando llegó a su oficina encontró a Flossie en el mismo sitio. La miró. Seguía siendo guapa y llamativa, silenciosa y fría. Pero ya no le interesaba como antes. No le llamaba tanto la atención.

—¿Qué trabajos tenemos pendiente, señorita Flossie? —preguntó amablemente.

Ella se puso en pie y Burt la contempló pensativamente. De pronto, dijo:

—¿Querría cenar conmigo esta noche?

Ella lo miró.

—¿Por qué, señor? —preguntó.

Burt alzó una ceja.

—¿Por qué? —repitió—. Pues porque estoy solo y usted no tiene compromiso.

—¡Ah!

—¿A qué hora puedo recogerla?

—A las ocho, señor.

—Gracias.

Se sentó tras la mesa y Flossie lo hizo tras la suya. Burt abrió una carpeta. Pensó que no era interesante aquella chica. El hecho de que aceptara su invitación sin hacerse de rogar le desconcertó. ¿Es que esperaba y deseaba realmente aquella? Se sintió asqueado. De súbito, todo dejaba de tener interés para él. Flossie, el asunto de las minas, las demás mujeres... ¿Sonia? Tenía unos ojos de color de miel maravillosos, y además era diferente. No sabía explicarse en qué radicaba aquella diferencia, mas era evidente que existía.

A las siete se puso en pie. Con gran asombro, observó que se hallaba solo en la oficina. Consultó el reloj. Habían pasado las horas sin sentir. Tenía el

tiempo justo para llegar a casa, cambiarse de ropa e ir a buscar a Flossie.

Se sintió decepcionado. Al salir se encontró con Li.

—¿Qué hay?

—Voy a cenar con Flossie.

—Lo sé.

—¿Que lo sabes?

—Me lo dijo su padre —rio—. Eres un buen objetivo, Burt. Ten cuidado.

Se alejó riendo. Kelsey sintió de nuevo aquel asco enfermizo que lo empequeñecía.

VII

Estaba recordando una cena olvidada. Por más que hacía, no lograba centrar su atención en la mujer que le acompañaba. Era muy hermosa, ciertamente, pero carecía de encanto personal. Era como si, al salir de casa, su padre le hubiera dicho:

«Mira bien lo que haces, Flossie. Ese hombre nos conviene. Es uno de los mejores partidos del país, y posiblemente te será fácil cazarlo. Pero mira bien cómo lo haces».

Y si esto no era cierto, para él como si lo fuera, puesto que Burt lo había imaginado así, y la mujer perdía puntos, cada minuto que transcurría. La culpa de todo la tenía Li-Chan, por haberle dicho que el padre ya conocía la noticia de aquella cena.

—¿No tiene usted novio? —preguntó Burt por decir algo ya que el silencio se prolongaba y lo desconcertaba.

—No, señor Kelsey.

—¿Y por qué?

—Porque no hallé aún al hombre de mi vida.

Burt se echó a reír.

—Es un argumento que exponen todas las mujeres. Dígame, ¿es que todas necesitan encontrar al hombre de su vida?

—Sin duda, señor.

—¿Y los hombres?

—También existe la mujer de su vida.

—¡Oh, muy interesante! ¿Y cómo debe ser su hombre?

La observó sarcástico. Flossie no tenía aspecto de romántica, ni siquiera de sentimental. Era una mujer que sabía lo qué quería. ¿Por eso la había

colocado el astuto de Wilson en su oficina? Posiblemente. Pensó que, de no ser por aquel breve viaje a Merthyr-Tydfil, tal vez hubiera caído como un incauto. Claro que él no estaba enamorado de la aristócrata, pero notó que era distinta a la generalidad femenina, y eso, para un hombre como él, que conocía de sobra el sexo opuesto, significaba mucho.

—¿No me dice cómo es su ideal masculino? —preguntó nuevamente.

—Se parece a usted, señor.

—¡Ah, ah! —Y rápidamente preguntó—. ¿Le agrada la comida?

—Muy sabrosa.

—Encontrará usted al hombre de su vida, aunque no se parezca a mí —rio, indiferente.

Y, con asombro, comprendió que Flossie no le interesaba ni siquiera como entretenimiento de unas horas.

La llevó a casa en su coche, y al despedirse le besó la mano.

—Señorita Flossie —dijo— he pasado una velada muy grata a su lado. Buenas noches, amiga mía.

—Buenas noches, señor.

De regreso a casa canturreaba. De súbito, sentía como una liberación.

«Soy una calamidad —susurró—. Me ocurre siempre igual. Primero me interesa una mujer, la obtengo más o menos, y ya no vuelvo a pensar en ella jamás. Si todos los hombres pensaran o sintieran como yo, no habría matrimonio, ni hijos, ni felicidad conyugal. Empecé a conocer a la mujer demasiado pronto, sí, eso es lo que me ocurre. No creo en ellas, ni en sus palabras, ni en sus sonrisas».

Y pensó en la risa de Sonia. Le gustaba aquella risa. Y sus bellos ojos color de miel.

—Bueno —gruñó—. No me habré enamorado, ¿eh? Sería absurdo que ocurriera, precisamente, con quien no tenía que ocurrir.

¿Y por qué no puede ocurrir?

«Pues porque no —rezongó—. Porque no es mujer para mí».

¿Y por qué no era mujer para él? ¿Por haber nacido con un título de *lady*? Paparruchas.

Los títulos significaban muy poco, dado la evolución de la vida. Y Sonia se había comportado como una auténtica financiera. Claro que lo había

engañado. Bueno, de eso ya hablaría él con calma.

Descubrió, asombrado, que no le hería el engaño, y lo curioso era que tampoco le humillaba haber fracasado.

Se quedó suspenso, con las manos en el volante.

—Bueno —gruñó—, pero es cierto. No me siento ni ofendido ni humillado. Es absurdo.

Alzóse de hombros y condujo el auto hasta el garaje.

* * *

Cerró la portezuela con seco golpe y atravesó la acera. Como en otra ocasión, penetró en el edificio y le salió al encuentro un botones.

—¿Qué desea?

—Ver a la señorita Sonia.

—*Milady* no ha venido aún. Si desea ver usted a *sir* Dawes.

—No —replicó rápidamente—. ¿Sabes dónde puedo encontrarla?

—En el castillo.

—Gracias.

Salió de nuevo y, subiendo al auto, lo dirigió hacia la estrecha carretera que conducía a la ciudad. Atravesó la misma y ascendió por la pendiente hasta el castillo. Este se alzaba en lo alto de la colina, soberbio y desafiante, casi fantasmagórico. Le agradaba aquella fortaleza. Siendo niño había subido por aquella carretera, de la mano de su padre, y aquel le explicaba lo que significaba el castillo. Él se sentía muy emocionado. Y el viejo Kelsey le decía:

—Algún día tú serás un hombre, y no serás un minero como yo. Y tendrás acceso al castillo por la puerta grande.

Sonrió ante aquellas memoranzas. Tanto tiempo albergando odio en su corazón, acumulando deseos de venganza, y, cuando llegaba la hora de llevarla a cabo, solo sabía esperar. ¿Qué esperaba? Era absurdo. Claro que su venganza mayor fue llegar adonde llegó. Haber sido el hijo de un humilde minero y haber logrado ser casi poderoso.

«¿Lo soy? —se preguntó, sin dejar de contemplar, absorto, el paisaje—. ¿Soy poderoso, o soy como todos los demás mortales, un pobre hombre dominado por las pasiones humanas?».

Se alzó de hombros. El auto frenó ante el alto portalón. Este fue levantándose lentamente y apareció el rostro rojizo de Jim.

—Señor Kelsey.

—Buenos días, Jim.

—¿Quiere pasar el señor?

—Eso pretendo. Si es que... *milady* está en el castillo.

—No tardará en llegar. Como todas las mañanas, salió a caballo, a dar el paseo matinal.

—Esperaré su regreso. ¿Y lord Crowther?

—Ha salido en su coche hace un instante. ¿No lo encontró el señor?

—No.

—Entonces es que bajó hacia las minas por la parte derecha de la colina. Por ese lado el camino es más corto.

—Ya.

—Conduzca el auto hacia la entrada, señor.

Lo hizo así y bajó. Jim ya estaba a su lado, con la herramienta al hombro.

—Por lo visto, tú morirás en la casa. Siempre te vi aquí. ¿Te has casado?

—Tengo dos niños, señor. Claro que moriré aquí. Murió mi padre y mi madre, y mi abuelo y mi bisabuelo.

—Dime, Jim. ¿Siguen yendo los muertos solos hasta el cementerio?

—No, señor. Eso pasó ya. Ahora los acompañan los amigos.

—¿Lord Crowther nunca acompaña a sus mineros?

—Por supuesto que sí.

—Cuando mi padre murió, no lo hacía.

—Ciertamente. Todo cambia en la vida, señor Kelsey —dijo filosófico—. Dicen que hay que vivir con el tiempo. *Milady* logró variar muchas cosas.

—¿Fue *milady* quién logró que acompañaran a los muertos hasta su última morada?

—Sí, señor Kelsey. Tenía doce años. Y un día, desde la torre del castillo, donde hay unos anteojos para observar el paisaje, *milady* vio un entierro. Bajó al salón y le preguntó a milord. Este le dijo que habría muerto algún

minero. Y *milady* buscó a su institutriz y, asiéndola de la mano, le dijo: «Mis Bella, vamos al cementerio». Fueron y rezaron ante la tumba del minero. Desde entonces, todo el mundo le sigue. Los entierros, en el corazón de la ciudad, son de otro modo. Aquí en la mina, apenas si se fijaba nadie en quién moría.

—Comprendo.

Un caballo se aproximaba al trote. Burt clavó sus ojos en el jinete. Sonia, pues era ella, sin fijarse en él, condujo el potro hacia las caballerizas, desmontó de un salto, agitó la fusta, y, esbelta, graciosa, femenina, muy bella, dio la vuelta sobre sí misma y se dirigió al castillo.

Fue entonces cuando le descubrió.

—¡Burt! —exclamó—. ¡Qué satisfacción verle de nuevo!

Él salió a su encuentro, con la mano extendida.

* * *

Y fue entonces, al estrechar su mano y seguir la trayectoria de los ojos de la joven, cuando vio al hombre alto, elegante, grave y atildado que los contemplaba desde la terraza.

—Es mi primo Alex —dijo ella.

Y como olvidándose del que los observaba, lo miró a él y preguntó, interesada:

—¡Qué milagro por aquí, Burt! No le esperábamos.

—Asuntos de negocios. Ya sabe usted que dejé las cosas a medias.

—Yo creí que las dejaba solucionadas.

—¿No deseaba adquirir la fundición?

—¡Ah! Es cierto. Bueno, como ahora no vamos a hablar de negocios, ¿me acompaña al castillo? Tendré mucho gusto en ofrecerle un refresco.

—No quisiera molestarla, Sonia.

Ella lanzó una sonora carcajada.

Le gustó aquella risa, y, sin saber por qué, le molestó que la oyera el primo llamado Alex.

Como si ella adivinara sus pensamientos, echó a andar a su lado y le explicó:

—Alex Crowther se hospeda en el castillo, desde hace unos días. Va de paso para Londres, y se ha quedado con nosotros. Es un gran diplomático.

—No me agradan los diplomáticos, Sonia —dijo Burt con su habitual brusquedad.

—Pues usted lo es.

—Demonio, claro que no. De haberlo sido...

Lo miró, suspicaz.

—¿De haberlo sido, Burt...?

—Bueno, ya hablaremos de ello en otra ocasión.

—¿Viene por muchos días?

—No lo sé. Depende de lo que haga aquí y lo rápidamente que lo haga.

—¿Piensa vender la fundición?

—Pues justo. ¿Tiene con qué pagarla?

—Si no fuera así, no le habría propuesto la compra.

—Ciertamente.

Llegaban a la terraza. Alex había desaparecido, y Sonia no se preocupó en absoluto.

—Tome asiento —le invitó—. Nos servirán aquí unos refrescos.

—Agradezco su amabilidad, pero temo ser molesto.

Lo miró, sarcástica.

—Burt, usted no es un cadete.

—¿Por qué me dice eso?

—Porque, dado su modo de ser, le importa un comino, ser molesto o no.

—Creí que me conocía menos.

Y rio a su vez. De pronto, los dos se contemplaron y parecieron aturdirse. Dejó de reír, y él, suavemente, dijo:

—¿Podré verla por la tarde?

—Por supuesto. Nos veremos en la oficina. ¿Se hospedaré en el castillo?

—Pienso hacerlo en el hotel. Me parece que soy más libre.

—Y a usted le gusta la libertad.

—Por ahora, sí.

—¿Por ahora? ¿La tiene en suspenso?

—No.

Se calló, pues iba a decir: «Me gusta usted, y a su lado la perdería con gusto». Pero, como siempre, dominó su lengua, sospechando que ella se habría reído de él, y él, mismo, a solas más tarde, se hubiera dicho que era un imbécil o un impulsivo sin remedio.

Charlaron de varios asuntos ajenos a los negocios y, a las dos, Burt se despidió. Ella, siempre con la fusta en la mano, bonita y atenta, le acompañó. Al llegar junto al auto, no pudo contenerse y dijo:

—Esa ropa la hace más gentil, Sonia.

—No es usted hombre de piropos.

—Pero soy un hombre sincero.

—Es un encanto.

—¿Yo?

—Su sinceridad —rio.

Cuando el auto se perdió tras el portalón, Alex dijo, tras ella:

—¿Quién es?

—Ingeniero, y accionista de la Compañía Kelic.

—Y te gusta...

Lo miró quietamente.

—Es un hombre cortés.

—Sonia, no he venido aquí de paso. He venido a verte. Sabes muy bien...

—Alex, ya hemos tratado sobre eso.

—Tu padre...

—No estoy dispuesta a casarme con quien papá diga, solo porque tienes la hipoteca de nuestro castillo.

—Soy el único rico de la familia Crowther, Sonia —cortó él con súbita aspereza—. La tía Debbie no posee una libra. Tengo que sostenerla. Tu padre recurrió a mí, con el ansia de no perder el castillo. Un matrimonio entre los dos...

—Ya te dije que eso no es posible.

—¿Amas a ese... minero?

—No amo a nadie. Pero, si tuviera que hacerlo, te diré que, antes que a ti, le amaría a él.

—Sonia...

—Lo siento.

—Tu padre no te lo perdonará. No creas que soy hombre piadoso. Si no accedes a casarte conmigo, un día vencerá la hipoteca, no tendrás con qué pagarla, y saldrás de aquí...

—Falta aún mucho tiempo.

VIII

Con gran asombro de Sonia, aquella tarde, cuando llegó Burt a la oficina, no habló de negocios. Sentóse en el brazo de un sillón, encendió un cigarrillo, y empezó a charlar de cosas tan ajenas a los mismos, que le dio lugar a pensar si estaría preparando un ataque violento y decisivo.

—Lo que no me explico —dijo Burt, balanceando un pie— es cómo puede usted pasarse la vida en esta comarca.

—Es una oficina —rio ella, divertida.

—Sin encantos para una mujer tan femenina. ¿No alterna usted?

—Ya se lo he dicho.

—¿Qué hace durante todo el año?

—¿Curiosidad?

—Llámele como quiera. Confieso que me intriga.

—Me levanto muy temprano. Soy madrugadora. Doy mi acostumbrado paseo a caballo, como usted mismo vio esta mañana. Por la tarde bajo a las oficinas. Ayudo a *sir* Dawes y a papá. A veces me paso la tarde en la oficina de empleados, poniendo un poco de orden.

—¿Y después?

—Salgo de aquí a las cinco. ¿Y sabe lo que más me encanta? Dar un paseo a pie por la campiña. Me siento sobre una piedra y fumo un cigarrillo.

—Sin hombres, sin fiestas, sin amigos...

—Sola, ya se lo dije.

La pregunta surgió sola y de modo brusco, como todas las de Burt:

—¿Y ese... Alex?

—Es mi primo.

—¿Solo eso?

—Burt, ¿qué le interesa a usted?

Él se quedó cortado.

—Perdone. Es verdad. Soy un preguntón incorregible. No quise molestarla, Sonia.

—Y no me ha molestado.

Lanzó una breve mirada al reloj y propuso:

—¿Damos ese paseo por la colina? —y de pronto—. Sepa usted que yo soy oriundo de aquí y conozco esa colina tan bien como usted misma.

Ella hizo otra pregunta con naturalidad y cierta ternura, que estremeció a Burt, a su pesar.

—¿Nunca subió al cementerio?

—¡Sonia!

Ella notó la amargura que encerraba la voz masculina al pronunciar su nombre.

—Burt, sé... quién es usted. Sé lo mucho que le humilló el verse obligado a arrodillarse ante mí. Jim le venció.

No contestó. Seguía mirándola. De pronto, se echó a reír y exclamó:

—A usted no se le puede odiar, una vez se la conoce, Sonia. Esa es la verdad. —Y sin transición, añadió—: ¿Damos ese paseo?

—¿No se cansará? Ha transcurrido mucho tiempo desde que usted jugaba por estos andurriales. A pie...

—Me gusta caminar.

Salieron juntos. Silenciosos, se internaron por el angosto sendero.

—Si lo desea, podemos ir hasta el cementerio y bajamos por la colina.

—Es usted muy amable, Sonia.

—Sé... sé lo mucho que se quiere a un padre.

La miró, buscando sus ojos. Sonia ascendía a su lado, pero no le observaba. Uno al lado del otro, caminaron en silencio.

De pronto, él dijo:

—No sé lo qué me pasa, Sonia. Vengo a esta ciudad pensando en lo mucho que tengo que hacer, y cuando llego... solo sé mirarla a usted y pasear a su lado.

—Necesita usted un poco de esparcimiento.

—La odié —añadió como si no oyera—. Es cierto que la odié. Pero nada más verla convertida en una mujer, dejé de odiarla.

—No piense en su odio, Burt. Yo no sé lo que es, porque nunca odié a nadie.

—Es... terrible odiar, Sonia. Uno solo vive para alimentar el fuego del odio, y odiamos tanto que...

—¿Por qué no me habla de su vida en Londres?

—¿Le interesa?

Se ruborizó bajo el peso de su mirada y dijo, aturdida:

—No me haga caso.

—Me gustaría que le interesara, Sonia.

Ella no contestó.

* * *

Sintió mil encontradas sensaciones ante la tumba de su padre, cubierta de flores. Tan cuidada, con una cruz nueva sobre la tierra recién movida.

—¿Quién la cuidó? —preguntó Burt gravemente.

—Yo lo hice, Burt.

—¿Lo hizo usted? ¿Y por qué?

—Cuando supe que era su padre...

—¿Por qué?

La miraba, cegador. Ella huyó de su mirada y dijo:

—Lo creí un deber. Era su padre, y yo lo conocía a usted. Y él estaba muy solo.

—Sonia... no sé qué decirle. Hace quince años yo estaba aquí, solo, contemplando esa tierra. Bajo ella quedaba lo más grande de mi vida de jovencuelo. Debe ser muy triste perder al padre cuando se tienen pocos años, pero doloroso, infinitamente doloroso, cuando se conoce la miseria y la muerte, y se sabe lo que ello significa. Creí que el mundo se acababa para mí en aquel instante.

Hablaba quedamente, mirando hacia la tierra con abstracción. Sonia, muy quieta a su lado, le escuchaba, sintiendo un nudo en la garganta.

—No se acabó. Nada se acaba porque muera un hombre, y un muchacho quede huérfano y solo. Pero es espantoso. Como si ahogaran a uno, como si le apretaran la garganta y buscara aire con ansiedad. Y el aire acude, poco a poco, causando un profundo malestar. Uno respira cada vez más tranquilamente, y con tristeza comprende, en un momento dado, que puede respirar plácidamente. Es... terrible que uno pueda respirar, y ahí dentro...

La asió del brazo.

—Vamos, Sonia. No debía venir aquí. Tal vez usted no me haya comprendido, pero yo deseaba sentir este instante. Lo deseaba y lo temía. Tenía miedo de mí mismo, de sentir aquel dolor insufrible que me acompañó durante años. ¿Sabe usted por qué llegué a ser alguien? Por él. Se lo prometí. También le prometí que volvería a vengarle. Pero la encontré a usted.

—Tranquícese, Burt.

—Ya... ya estoy tranquilo. Usted no sabe lo que es perder a un padre, y quedar solo. Y sentir que llega la noche y la compañía que tenía el día anterior ya no existe. Usted, Sonia, no sabe lo que es luchar por un padre. — De pronto, emitió una risita ahogada y añadió—. Soy absurdo. Me estoy poniendo sentimental, y, la verdad, desde que falleció mi padre no lo soy.

—No me parece absurdo —dijo bajo.

Y pensó en su lucha diaria, por el suyo. Sí, al contrario de lo que suponía el joven, ella luchaba por su padre. Luchaba tanto y de tal manera, que hubiera sido absurdo decir lo contrario. Pero qué sabía Burt. Por su padre ocupó, en la oficina, un puesto que no le pertenecía. Por su padre soportaba a Alex, y tal vez... tal vez... un día se convirtiera en su esposa, yendo contra sus propios sentimientos, porque jamás podría amarlo.

—Sonia —exclamó de pronto, asiéndola por un brazo—: ¿Qué piensa?

—¿Pensar? —preguntó ella, destruida.

—Se nota en su rostro un gran dolor.

—No..., ¡oh, no! Pensaba... en usted.

—¿Qué pensaba de mí? ¿Le parezco tan pedante como me dijo la última vez que nos vimos?

—Aquello... fue una broma.

—¿No le parezco pedante?

Lo miró. Los ojos de Burt, fijos en los suyos, no parpadeaban. Ella apartó la mirada y murmuró:

—Vamos, Burt, se nos hace tarde. —Y con una suave sonrisa, añadió—: No me parece pedante...

—Gracias, Sonia.

Y le oprimió el brazo íntimamente.

Ella no se desprendió. Continuaron caminando, colina abajo, silenciosos, como abstraídos.

—Por aquí —dijo bajo— venía todos los días camino de la mina, con la comida para mi padre.

—¿Qué hacía después?

—¿Después?

—Cuando quedaba libre.

—Estudiaba. Mi padre tenía ilusión por que yo fuera ingeniero.

—Y llegó a serlo.

—Llegué a serlo, en efecto. Y le advierto que si mi tío Robert no me hubiera ayudado, de igual modo lo habría sido. Estaba dispuesto a luchar hasta el fin de mis días por complacer el deseo de mi padre.

—Le admiro mucho, Burt —dijo ella, de pronto.

Kelsey la miró. Hubo un intenso destello en su mirada.

* * *

—Sonia, hija mía...

—Sí, sí, papá... Pero déjame ahora.

—Ya te lo advertí antes de meterte en este asunto. Hace tres días que Kelsey está aquí. Aún no puso interés en conocer el verdadero estado de nuestra economía. Y, no obstante, nosotros hemos hipotecado el castillo, y *sir* Dawes, la granja, y todo pertenecerá a tu primo...

—Antes podremos pagar, papá.

—¿Cuándo? Hay demasiado embrollo en las minas, Sonia y tú lo sabes. No seremos capaces de encontrar salida ni una ayuda. La Compañía Kelic

nos cree poderosos. ¿Nos cree en realidad, o espera el menor desliz para atraparnos? Si eso ocurre, no solo será la ruina, Sonia, será el escándalo.

—¿Qué debo hacer para reparar el mal causado, papá?

El caballero replicó:

—No lo sé, hija mía. Hay una solución, pero no es de tu agrado.

—No, papá.

—Lo comprendo. Tampoco yo deseo para ti un marido como Alex. Es mi sobrino, su carrera es bonita, su posición económica y social es brillante, pero no es el hombre indicado para hacerte feliz. Tú eres sencilla, sincera y piadosa, y Alex es todo lo contrario. Mas, dime, querida mía, ¿qué podemos hacer?

—Hasta ahora no hemos fracasado. Y si la fundición...

—Tampoco eso redundará en beneficio nuestro, dado que, si bien podemos recuperarla, no sostenerla. ¿Te das cuenta? Fui demasiado débil, querida, y te dejé hacer, mas es evidente que no debía confiar en tu habilidad.

—Papá...

—No te lo reprocho —susurró, aprisionando su mano—. Eres mi hija, eres inteligente, y has hecho todo lo posible por ayudarnos. Lo hiciste bien la primera vez, logrando embrollar a Kelsey. ¿Por tu conocimiento comercial? No, querida. Por tu belleza.

—Papá...

—No trates ahora también de usar tus dotes físicas y espirituales para engañarlo. Kelsey no está aquí solo por verte. Ha venido porque sabe que no le hemos dicho la verdad, y desea conocerla.

—Hasta ahora no preguntó...

—No preguntará, Sonia, comprende. Lo que hará será embargarlo todo y volver a Londres. Dentro de muy poco tiempo, llegarán aquí unos técnicos, y nosotros pasaremos a ser empleados a sueldo fijo.

—Eso no ocurrirá.

—¿Qué piensas hacer para evitarlo?

La joven se puso en pie y se aproximó al ventanal.

El caballero no interrumpió su silencio. Al cabo de un rato, Sonia, sin volverse, preguntó:

—¿Cuándo piensa marchar Alex?

—No lo sé.

—Papá —se volvió hacia él—, ¿qué ocurriría si me casara con él?

—¡Sonia!

—Suponte que le refiero a Alex nuestra situación. Que le pido un préstamo y le prometo casarme con él...

—Más sacrificios, no. No lo permitiré —gritó, excitado—. Ya estuvo bien. La solución más apropiada es sincerarse con Kelsey.

—Eso —se ahogaba— no.

—¿Por qué no deseas que descubra tu engaño?

—No seas ingenuo, papá —murmuró tristemente—. Eso ya la conoce.

—¿Qué la conoce?

—¿No dices tú mismo que está aquí porque desea conocer la verdad? Si sabe que existe una verdad diferente, es que sabe que hubo engaño.

—Ciertamente.

—Por tanto, está al tanto del verdadero estado de nuestra economía comercial.

—¿No estaría bien pedir clemencia?

—No —se agitó—. No. No podría resistir su desprecio.

El caballero se agitó.

—Sonia, ¿es que le amas?

—Papá...

—¿Le amas?

—No —susurró—. No creo...

—Estos hombres, Sonia querida, no se casan. Están habituados a conseguir cuanto desean. Yo te eduqué demasiado espiritualmente. Eres una sentimental.

—Soy, creo, lo bastante consciente para hacerme cargo de la situación.

—Sí, querida. Eres consciente y valerosa. Pero ten cuidado. Y piensa en lo que te he dicho. Y descarta la idea de casarte con Alex. Ni le amas ni le amarás jamás. En cuanto a la otra solución, si tú no quieres abordar el asunto, permite que lo haga yo o *sir* Dawes.

—No. Es cosa mía. Yo os metí en este lío y he de sacaros de él.

—¿A costa de tu futura felicidad?

—A costa de lo que sea.

—Espera, querida. Espera a ver cómo se desarrollan los acontecimientos.

—Bien, esperaré, pues, a que Kelsey aborde el tema. Cuando lo haga, seré sincera o no lo seré. No lo sé.

IX

—¿Puedo pasar, Burt? —preguntó Bill Whalley, desde el umbral.
—Pasa —gritó, saliendo del baño, envuelto en un albornoz, y secando la cabeza con una toalla—. Siéntate, Bill. En seguida te atiendo. Permíteme que me vista.

Bill se dejó caer en una butaca y encendió la pipa.

—Hace un frío de espanto por estas latitudes. ¿Vamos a permanecer mucho tiempo aquí?

El joven se vestía con mucha calma. Puestos los pantalones y la camisa, procedió a calzarse, y para ello se sentó frente a su amigo y ayudante.

—¿Qué hay? —preguntó por toda respuesta.

—Lo que te insinué lo he confirmado, Burt. Todo es una trampa.

—Ya.

—Parece ser que *sir* Dawes hipotecó su hermosa granja.

—¡Aja! —exclamó, sin dejar de calzarse.

—Y, lo que es más asombroso, también pesa sobre el castillo otra hipoteca.

Burt estiraba los calcetines y quedó con el pie en alto y los ojos fijos en su amigo. Era difícil leer en su mirada. Transcurrió un segundo, continuó calzándose. Bill prosiguió:

—Ambas datan de un mes, aproximadamente.

—¡Ah!

—Parece que nada te asombra.

—En el transcurso de estos días, adiviné muchas cosas. Dime..., ¿qué Banco tiene la hipoteca?

—Eso es lo extraño. No hay Banco por medio.

—¿No?

Tampoco pareció asombrarse.

Bill alzóse de hombros.

—La tiene Alex Crowther.

—¡Caramba!

—¿Qué vamos a hacer, Burt?

—No lo sé aún. —Y con una sonrisa de picardía—. ¿No existe una mujer agradable que te entretenga una temporada?

—Burt, recuerda que tengo novia y pienso casarme pronto.

—¡Ah! —rio, burlón—. Se me olvidaba que tú eres fiel a un solo amor. Bien, Bill, no te preocupes. Li-Chan-Yen nos pondrá una conferencia cualquier día, reclamándonos. Entre tanto, diviértete, caray. ¿Qué más has descubierto?

—Apenas si se puede mantener la mina, Burt. Un día cualquiera se sublevará el personal. Los altos empleados no cobran desde hace seis meses.

—Muy divertido. ¿Y dónde tiene el producto de las hipotecas?

—Presiento que es un truco para taparnos la boca.

—No has respondido debidamente.

—Está claro, Burt. Se trata de una trampa muy bien preparada. Si vendemos la fundición, como ellos pretenden, tendrán así con qué pagarla, pero habrán perdido al mismo tiempo el castillo y la granja.

—Por supuesto. Continúa.

—¿Qué más quieres que te diga? Es un negocio acabado. Podemos ponerle fin cuando quieras.

—Sí, claro... —contempló el brillo de sus zapatos y continuó repantigado en el sillón—. ¿Has visto cómo brillan?

—Pero, Burt...

—Aquí hay menos barro que en Londres. Me brillan los zapatos por la mañana y su brillo se mantiene incólume hasta el anochecer.

—Burt...

Alzó la cabeza.

—¿Qué pasa, querido Bill?

—Estamos perdiendo el tiempo. Li pensará que no hemos conseguido nada.

—Lo hemos conseguido —se puso en pie—. No te preocupes.

—¿No piensas actuar?

—Sí, por supuesto. —Se alzó de hombros—. Tenemos tiempo —se aproximó al ventanal—. Hace una espléndida mañana.

—Te digo que hace un frío condenado.

—Sí, sí, pero cayó una buena escarcha, y dentro de unas horas brillará el sol. Me gusta el sol bajando por la colina.

—Burt —se impacientó—. Esto es asunto concluido. Oblígales a poner las cartas boca arriba, y toma las cartas, porque son tuyas.

—No te impacientes —rio tranquilamente—. Hay que ser un poco cortés.

—¿Crees que a Li le interesa ser cortés?

Entonces Burt se volvió, miró fríamente a su compañero y dijo con cierta aspereza, que no pudo reprimir:

—Sé muy bien lo qué hago. No me importa lo que Li piense de este asunto. Soy tan dueño como Li de la Compañía Kelic.

* * *

Frenó el auto frente al edificio de ladrillo rojo, cuando salían los empleados a comer, Sonaban las sirenas en aquel instante, y varios hombres, manchados de carbón, se deslizaban a lo largo de la colina.

Sonia también apareció en la puerta, poniéndose el abrigo. Saludó aquí y allá, y atravesó la calle en dirección al auto de Kelsey. Este, sin bajarse, abrió la portezuela y la joven entró.

—Buenos días, Burt.

—Me retrasé un poco. El pelmazo de Bill me visitó en el hotel a media mañana —la miraba, sonriente—. ¿Adónde, Sonia?

Puso el auto en marcha y la joven encendió un cigarrillo.

—¿Me lo da? —preguntó él.

—Pero..., ¿de mi boca?

—Me gusta su boca, Sonia.

Se ruborizó. Sabía que aquellas horas maravillosas acabarían un día cualquiera. Presentía que, no tardando mucho. Burt penetraría en la oficina

central, se encararía con *sir* Dawes y con su padre y les diría: «Se acabó el disimulo. Me habéis engañado desde un principio, valiéndoos para ello de una bella muchacha ingenua, que sabe ser interesante, pero no mujer de negocios».

—¿En qué piensa, Sonia?

Se sobresaltó.

—Tome... el cigarrillo.

Le daba otro. Burt, con naturalidad, lo rechazó y tomó el de su boca. Lo llevó a la suya y la envolvió en una larga mirada. Por eso la cautivaba. Era... diferente a los hombres que había conocido. Tenía una forma de hacer las cosas, de mirar, de decir...

—Sabe a usted, Sonia.

—Burt...

La miró de nuevo. Conducía con una mano y con la otra sostenía el cigarrillo que, a pequeños intervalos, llevaba a la boca.

—Dígame, Sonia...

Ella huyó de su mirada.

—¿Adónde vamos?

—Eso le pregunto. Sabemos que caminamos juntos por algún lado, pero aún no hemos decidido dónde. Usted conoce estos lugares mejor que yo.

—Ha nacido aquí.

—Pero cuando yo tenía quince años no paseaba en auto por los alrededores de Merthyr-Tydfil. Por lo tanto, desconozco los lugares de recreo donde se pueda comer bien.

—A tres kilómetros encontraremos un merendero, a la derecha de la carretera. Se come bien.

—¿Sabe su padre que come conmigo?

—Se lo he dicho esta mañana.

Llevaban saliendo juntos una semana. Lord Crowther preguntaba todos los días a su hija: «¿Por qué?». Sonia se alzaba de hombros. ¿Qué podía decir? Salía con Burt porque le agradaba su compañía, porque, la verdad, no podía rechazarlo, porque a su lado se olvidaba del grave problema que se suspendía sobre sus cabezas. Imaginaba el final de todo. Él la miraría despreciativamente. Se haría cargo de las minas, lo embargaría todo, se

marcharía a Londres, y jamás volvería a recordarla. La llamaría ladrona y embaucadora, y ella, para evitar el deshonor y la vergüenza, tendría que casarse con Alex.

Se estremeció como si la agitaran. Él pareció sentir aquel sobresalto interno, porque con súbita ansiedad tiró el cigarrillo por la ventanilla y su mano cayó sobre los dedos de Sonia. Se los oprimió y, sin decir palabra, retuvo aquellos dedos entre los suyos largo rato, hasta que se divisó el merendero.

¿Lo amaba? No lo sabía. ¿O lo sabía y se negaba a confesárselo a sí misma? ¿Tenía miedo de aquella ternura que sentía junto a él? Lo tenía. Además...

—¿En qué piensa, Sonia?

Parpadeó. Una semana saliendo a todas partes, casi todo el día Juntos. Él la trataba con exquisitez, la llenaba de atenciones, casi la adoraba. Pero ¿por qué? Jamás le dijo una palabra de amor. Solo aquellas largas miradas que la aturdían, aquellos súbitos apretones de manos que la ruborizaban, aquellas sonrisas llenas de promesas, aquella boca que a veces parecía besar...

—¿No me dice en qué piensa?

—¡Oh, pues...! No pensaba.

—No sabe mentir.

Lo miró. Él frenó el auto ante el merendero.

—¿Mentir? —preguntó ella.

—Sí. Y no sabe usted hacerlo.

Pero no volvió a preguntarle en qué pensaba, ni por qué sabía que mentía. Bajó del auto, dio la vuelta a este y abrió la portezuela para que ella bajara. Le sonrió de aquel modo entre amoroso y grave. Nunca sabía bien lo que pensaba Burt. Era un hombre reservado, respetuoso, pero indescifrable.

—Vamos, Sonia.

La asió del brazo, y juntos se dirigieron al moderno saloncito.

* * *

Los condujeron a una galería sobre la cual caía el sol de plomo. Rodeadas de ventanales, veían toda la colina y la pradera. Sentados frente a frente, en espera de la comida, Burt sacó cigarrillos y ambos fumaron, primero en silencio, después hablando de cosas sin importancia alguna para ellos. Se notaba que ambos deseaban romper de alguna forma aquel silencio embarazoso que los cohibía a los dos.

—Me pregunto, Sonia —exclamó él, de pronto— cómo puede soportar una vida tan monótona.

—Ya le he dicho que paso grandes temporadas en Londres.

—Es lo que me asombra. Que nunca la haya visto.

—Pues alterno mucho cuando estoy allí. Lo que pasa es que aquí, en las minas, por estar estas alejadas de Merthyr-Tydfil, un rostro femenino se graba más. En Londres ve usted caras de mujer a cada segundo.

—Pero no la suya —rio él, amable—. Es inconfundible.

—Cuando estoy sola. Confundible cuando hay muchas.

—¿Nunca le dijeron lo bonita que es, Sonia?

Ella rio agradablemente.

—Muchas, Burt. Es algo que oímos todas las mujeres sin distinción, aunque seamos feas.

—Usted sabe que no lo es.

—Si he de serle sincera, nunca me detuve a reparar en mí.

—Le voy a decir una cosa, Sonia. Durante mis años de adolescente y de hombre casi maduro después, al recordar a la niña de siete años, me la imaginé a usted altiva, orgullosa y distante.

—La imaginación se excede a veces.

—Yo recordaba a la niña de siete años que me tiró nieve a la cara.

—Hay cosas que divierten a una niña y asquean a una mujer.

—Dígame, Sonia, olvidando a la niña de siete años. ¿La mujer no tiene inquietudes?

—¿Inquietudes?

—Me entendió bien. ¿Nunca sintió el deseo de algo extraordinario?

—Me gustaría tener un yate —rio ella quedamente.

—No, no es eso, y lo sabe. Me refiero a inquietudes interiores, espirituales, hondas, de esas que dejan profunda huella en nuestro ser.

—Burt, nunca he sentido esa inquietud.

—Habrá pensado en el amor.

—Bueno..., ¿qué mujer no piensa en eso alguna vez?

—Hay dos formas de pensar. De una forma física, o impura, si quiere. Y hay otra, en que interviene el espíritu y el corazón, y nos causa dolor.

—Le digo de veras que nunca me inquieté hasta ese extremo.

—¿Por qué no tiene inquietudes?

—Porque las ahogo si aparecen.

—Eso es doblegarse.

—¿Nunca lo hizo usted?

Burt tardó un segundo en contestar. Luego se echó a reír y exclamó:

—La verdad, la verdad, nunca me detuve a pensar si realmente doblegué mis inquietudes alguna vez.

—¿Fue usted feliz? —preguntó ella, de pronto.

No supo qué responder.

—Verá, Sonia, me hace usted una pregunta embarazosa. No puedo contestarla a la ligera.

—La felicidad es algo, Burt, que no necesita ser meditado. Existe o no existe. Existió o no existió.

—Pues diga lo que usted diga, es cosa que no puedo responder sin reflexionar. Verá, yo fui feliz cuando llegué junto a mi tío Robert y comprobé que un día podría complacer a mi padre muerto, siendo lo que llegué a ser. Fui feliz cuando me entregaron el título de ingeniero, y fui feliz muchas veces en brazos de mujeres que me agradaban.

—Una felicidad fugaz.

—Sonia, ¿y cuándo no es fugaz la felicidad? Tenga en cuenta una cosa, que si la felicidad consistiera en algo sencillo y cotidiano, no nos causaría placer alguno, porque, al convertirse en algo rutinario, pierde interés y valor.

—¿Es usted de los que viven de placeres siempre nuevos?

—No nos entendemos, Sonia. Está usted buscándole cuatro pies al gato. ¿Sabe usted lo que para mí sería en este instante un goce de infinita felicidad?

—No tengo ni idea.

—Besarla a usted.

—¡Oh!

Burt se echó a reír. Ella estaba roja como la amapola. Y al rato, dijo él con ternura, oprimiendo cariñosamente la mano femenina.

—No tema, Sonia. No se lo voy a pedir.

X

Ella vestía pantalones negros, largos hasta el tobillo y un jersey rojo, bajo una zamarra de ante color castaño. Calzaba mocasines, y, en torno al cuello, un pañuelo de seda natural, atado con gracia femenina. Él usaba pantalón de franela gris y un jersey negro, por el cuello del cual asomaba la blanca camisa.

Reían los dos, y, cogidos de la mano, descendían por la colina entre la maleza.

—Uno —gritó Burt alegremente— se imagina que aún tiene quince años. Ella era más baja que él, y para mirarlo hubo de alzar un poco la cabeza.

—Tus ojos son como el trigo cuando madura, Sonia —exclamó.

Era la primera vez que la tuteaba, y quedó un poco cortado. La joven se echó a reír y, con su habitual espontaneidad, susurró:

—Me gusta... me gusta que me tutees, Burt.

—Te gusta...

—Sí.

Tenía la mano de ella entre las suyas, y se la oprimió íntimamente. No se dijeron nada, pero algo penetró en ellos. Algo como una corriente de comprensión y ternura. Siguieron caminando. Ella se echó a reír y murmuró:

—Luego anochecerá, Burt, y la escarcha nos cubrirá. Si no nos apuramos, no llegaremos a la falda de la colina para coger el auto aun con la claridad del día.

—Me gusta el crepúsculo —dijo él.

—¿Eres romántico?

—Nunca lo imaginé. De pronto, me parece que lo soy. ¿Porque estoy a tu lado? ¿Porque tú eres preciosa? ¿Porque yo soy un sentimental?

—Burt, que nunca te oí decir absurdos.

—¿No te gustan los hombres sentimentales?

—No sé cómo son.

—Tú no conoces a los hombres.

—No mucho, Burt.

—¿No te gustaría?

La miraba muy de cerca. En efecto, la luz del día se iba y las sombras de la noche la hacían ver cosas nuevas, muy bellas, en el rostro masculino. De pronto, la joven resbaló, y Burt la apretó contra sí. Fue algo inesperado, casi fugaz, pero que no evitó que ambos, al sentirse muy cerca uno de otro, se encontraran a gusto. ¿Cómo surgió el beso? Burt jamás lo supo. Sonia... no quiso pensar en él. Pero aquel instante que... existió, fue... extraño, grato, emocional para ambos. Burt, que jamás besó tan fugazmente a una mujer, se sintió ridículo y a la vez satisfecho de sí mismo, emocionado, absurdamente emocionado, según pensó.

La boca de Sonia sabía a rosas, a mimo, a pasión. Eran unos labios suaves, tiernos, temblorosos... La retuvo contra sí, y ella no se apartó. Pero después de besarla, Burt se sintió aturdido, sin saber qué decir. Era la primera vez que una mujer lo cohibía. ¿Él amaba? Por un instante, pensó que hubiera estado besándola el resto de su vida, y nunca se habría cansado. Y cuando la soltó, no encontró palabras para disculparse. La miró, cortado. Ella huyó de su mirada. Caminaba delante.

—Sonia —llamó.

La joven se detuvo, pero no volvió la cabeza.

—Sonia... no sé cómo fue...

No contestó.

—Sonia...

—Vamos, Burt... Se... se nos hace tarde.

Llegó a su lado y la asió por un brazo.

—Sonia... perdóname.

—Vamos, se hace tarde.

El hechizo quedaba roto, pero nacía un algo extraño, inquietante, diferente.

* * *

Subieron los dos al auto. Burt lo puso en marcha sin decir palabra. Sonia encendió un cigarrillo, y, sin pronunciar frases que hubieran resultado inútiles en aquel instante, ladeó la mano y metió el cigarrillo en la boca del hombre.

—Gracias —susurró él—. Gracias.

Ella no respondió. Encendió otro para sí, recostó la cabeza en el respaldo y con el cigarrillo en la boca y los ojos medios cerrados, quedó inmóvil.

De pronto, Kelsey exclamó con voz Sorda:

—No soy de los que besan a las mujeres solo por el placer de hacerlo.

—Olvidémoslo, Burt.

—Te... te he ofendido.

Ella sacudió la cabeza.

—No... no —su voz temblaba—. No me has ofendido.

—Quiero que sepas una cosa, Sonia.

—No me la digas, si ello te violenta.

—Eres tan diferente...

—Pero tú...

—Dilo, Sonia.

—No. ¿Qué más da?

—¿Qué ibas a decir?

—Conduce el auto por la parte del puente viejo. Llegaremos antes al castillo. Papá me estará esperando, seguramente. Llevo dos semanas llegando a casa muy tarde.

—Sonia...

—Por favor... Si es para hablar de eso... cambia el tema.

—Ya no me estimas como antes.

Lo miró brevemente.

—Burt, no seas absurdo —y con una velada sonrisa, añadió—: Pensemos los dos que fue algo... irreal, que no tuvo importancia, porque ni tú deseabas ofenderme, ni yo deseaba... tus besos.

—No los deseabas —reprochó.

Lo miró de nuevo, esta vez con asombro.

—¿Por qué iba a desearlos?

—Sí, ciertamente. Quiero que sepas que yo he carecido siempre de amor. Los besos los tasé por libras esterlinas, según el precio de la mujer. Es la primera vez que me porto como un cadete.

—Y consideras que ello te mengua.

—Sonia, me estás ofendiendo.

—No lo pretendo.

—¿Qué nos pasa?

—Nada. Si algo pasa es que de pronto hemos descubierto que somos un hombre y una mujer.

—Un hombre y una mujer que se gustan —acabó él, con brusquedad.

—No dije eso.

—Dime, Sonia. ¿Qué pides a la vida y al hombre?

—Amor, ternura, comprensión, delicadeza.

—Y consideras que carezco de todo eso.

—No —lo miró otra vez—. Lo posees todo, y eso es lo extraño. Que poseyéndolo todo, seas tan desconcertante.

—¿Te parezco desconcertante?

—Lo eres. Ya se divisan las luces del castillo.

—¿Puedo... ir a buscarte mañana?

—Burt, sigo pensando que eres absurdo. ¿Por qué no vas a ir? No creo que un beso, que ninguno de los dos deseamos, nos separe. Salvo —y esto lo recalco— que tú hayas puesto, o sentido, maldad en ello.

—Sonia, te has vuelto agresiva de repente.

—Te equivocas. Eres tú quien con tu actitud me obliga a comportarme así.

—Perdona.

—Olvídalo.

—¿Tan fácil te es olvidar?

—Es... mi deber.

—¿Todo lo haces por deber?

—Hasta la fecha, sí.

—¿Te han besado muchos hombres? —preguntó él con voz enronquecida.

Sonia volvió a mirarlo. Después desvió los ojos y los clavó en las luces del castillo.

—No tengo por qué contestarte, Burt. —Y sin transición—. Jim abre el portalón. ¿Quieres aceptar mi invitación?

—¿Para qué?

—Para cenar con nosotros.

—No. Destesto —gritó, sin saber por qué— a tu primo Alex.

Sonia no contestó. Se sentía inquieta, desasosegada. Dos semanas saliendo con él, y no sabía aún qué pretendía aquel hombre. No parecía preocuparse por el negocio que lo había llevado allí, y, no obstante, su comportamiento para con ella no era nada claro. ¿Qué se proponía? ¿Enamorarla y hundirla aún más? Pues ya lo había logrado. Ya estaba enamorada. Lo amaba, sí. Lo amaba, a pesar de su incertidumbre.

El auto frenó ante la escalinata. En lo alto de esta se hallaba Alex, mirando a su prima con desdén.

—Hasta mañana, Burt —dijo ella con voz ahogada.

No respondió. Cambiaba una breve mirada con Alex, y esta no era nada tranquilizadora.

* * *

No le extrañó que le anunciaran su visita. Lo comprendió desde que cambió con él aquella extraña mirada.

—Que pase aquí —ordenó a la camarera.

Se quitó el batín y quedó vestido, con el pantalón y una chaqueta deportiva. Esperó. Fumaba un cigarrillo y miraba hacia la puerta por donde esperaba ver aparecer a Alex. ¿Imaginaba lo que este iba a decirle? Pues sí... casi lo podría asegurar.

—Buenos días —saludó el atildado Crowther, con voz exquisitamente bien educada.

—Pase usted.

No le dio la mano, ni el aristócrata pareció ofenderse por ello.

—Tome asiento —invitó Burt nuevamente.

Alex no lo hizo. Quedó ante él, contemplándolo como si sopesara sus méritos.

—Señor Kelsey, tengo entendido que vino usted a Merthyr-Tydfil a tratar de negocios.

Burt esbozó una tibia sonrisa.

—He venido a eso y a distraerme un poco, señor... Crowther. Espero que ello no le desagrade.

—Hace dos o tres semanas que está usted aquí. Tengo entendido, asimismo, que no es hombre que pueda disponer de tres semanas de vacaciones.

—Sabe usted más que yo, señor Crowther.

—Le advierto que no he venido aquí a jugar con palabras más o menos ingeniosas.

—Me lo imagino. Es usted —rio Burt con la misma serenidad con que desde el principio le recibió— un buen diplomático. Por lo tanto, puede jugar con las palabras y el significado de estas, mucho mejor que yo. Pero da la casualidad de que yo no soy diplomático, sino hombre de negocios. ¿Desea usted hablar de negocios?

—En efecto.

—Le escucho.

—Usted ha venido aquí a dilucidar un asunto importante para su Compañía. Tengo entendido que la investigación que llevó a cabo, hace irnos meses, no le dio el resultado esperado.

—Se equivoca usted. Estoy satisfecho de la investigación realizada. Sumamente satisfecho, señor Crowther.

Este esbozó una burlona sonrisa, y, con acento mordaz, observó:

—Es usted ingenuo con respecto a las mujeres. Conozco su firma —añadió, sin que Burt diera muestras de enojo, aunque sí las estaba dando de aburrimiento—. Es difícil que en Londres, e incluso en Nueva York, pase desapercibida su firma comercial, y, no obstante, en un negocio de gran envergadura para ustedes, observo una negligencia y una ignorancia inexplicables.

Burt exclamó con la misma serenidad:

—¿Debo entender que pretende abrirme los ojos, señor Crowther? Le participo que mi firma no necesita delatores secretos.

—Señor Kelsey —se ofendió—, está usted hablando con un Crowther.

—No lo olvidé. Lo que me extraña es que se ofenda, y, no obstante, está usted delatando a un Crowther.

Quedó cortado. Y entonces se quitó la careta y gritó:

—Sonia será mi esposa.

—¡Ah! —rio Burt tranquilamente—. ¿Cuánto precio le ha puesto? ¿La hipoteca del castillo, o lo extiende usted hasta la granja de *sir* Dawes?

—Le prohíbo...

Burt no esperó más. Fue hacia la puerta, la abrió y con una de aquellas sus reacciones que le caracterizaron, desde que fue un ser con voluntad propia, pidió:

—¿Tendría la amabilidad de dejarme solo? Supongo que Sonia se enterará de la visita que me hizo usted esta mañana. Me parece que conoce poco a su futura esposa. No es de las mujeres que les agrada ser tasadas tan tiranamente.

—Señor Kelsey...

—Se lo ruego. Buenos días, señor Crowther.

—Óigame...

Alex Crowther salió pisando fuertemente. Al traspasar el umbral, se volvió, pero ya Burt, de espaldas a él, encendía tranquilamente un cigarrillo.

—Buenos días.

Se cerró la puerta tras Crowther, y Burt llamó por teléfono a Bill.

—¿Qué ocurre?

—Nada importante. Salgo para Londres ahora mismo. Espero volver pronto.

—¿Qué es lo que pasa, Burt?

—Diantre, ni yo mismo lo sé. Necesito alejarme unos días. No sé si amo a Sonia —pasó los dedos por la frente—. Maldito si lo sé.

—Claro que la amas.

—Me lo dirá la distancia. Si es así, volveré por ella. Si pasada esta semana no he regresado, haz tu maleta y reúnete conmigo en Londres.

—Burt... es extraño que obres así.

—Necesito hacerlo.

—¿Te ama ella?

—Supongo que sí. No hay mujer que resista a un hombre tres semanas seguidas, si no lo ama. En cambio, el hombre soporta a la mujer dos semanas y un año, si le gusta, naturalmente. Yo no me casaré solo porque una mujer me guste. Tengo que necesitarla en mi vida como se necesita la vida misma, y eso es lo que deseo saber. Si la necesito así.

—¿Te vas sin despedirte?

—Eso es. Si ella tiene valor, que se case con su primo.

—¿Y si lo hace por temor a la hipoteca y el escándalo que, de vencer esta, se originaría?

—Entonces —exclamó, rotundo— es que no merece ser mi esposa. Y si no lo merece, soy lo bastante hombre para olvidarla.

—Burt, concretemos. Si tú no vienes...

—Li lo decidirá desde Londres.

XI

—¡Querida!
—No te preocupes por mí, papá —susurró Sonia, todo lo serena que pudo—. Ya te he dicho que me siento bien.

—Desde que... se fue, estás como anonadada.

—Te aseguro, papá, que te equivocas.

—Querida, yo... no sé qué decirte.

Se hallaban los dos en el salón particular de la joven. Sonia, hundida en un sillón, frente al ventanal, contemplaba el parque con mirada hipnótica. Lord Crowther, frente a ella, trataba de animarla. Sonia sonreía de vez en cuando, con alegría artificial. ¿Si no sentía la huida de Burt? ¡Oh, sí! Nunca creyó que lo amara tanto. Y lo amaba. Indudablemente, mucho más de lo que pensó en un principio. Cada día transcurrido, y ya iban siete desde que supo su huida, parecía que el mundo se derrumbaba un poco cada día sobre ella, hasta aplastarla por completo.

—Sonia...

—Ya sé, papá. ¿Qué debo hacer? Os he liado yo, os hundí, deseando elevaros. Debo, pues, pagar mis culpas.

—Querida, tú lo hiciste...

—Sí, sí, papá: yo lo hice creyendo acertar, pero nunca imaginé que el hijo de tu primo se echara así sobre nosotros.

—No lo amas.

Lo miró, asombrada.

—¿Cómo puedes concebir que yo, que tanto admiro la lealtad, ame a un canalla semejante? Papá —se entristeció— ya sé el disgusto que te ocasiono con estas palabras, pero si bien él es tu sobrino, yo soy tu hija. Y no lo amo.

¡Dios mío, no! Casi... —sus ojos brillaron humedecidos— casi prefiero la muerte que ser su esposa.

—Pues no lo serás, querida.

—¿Y las hipotecas? ¿No comprendes que se lo llevará todo, y no tendrá compasión?

—Ya lo tratamos *sir* Dawes y yo. Estamos decididos a ir a Londres. Hablaremos con Kelsey y con Li-Chan-Yen. Les pediremos una tregua. Les suplicaremos que nos dejen un lapso de tiempo prudencial para recuperarnos.

—Te olvidas, papá —dijo ella con tristeza— que en asuntos de negocios no hay treguas. Tendrás que dejar todo lo que hasta ahora te perteneció y fue tu orgullo, por mi culpa.

—Eso no, Sonia —dijo una voz temblorosa desde el umbral—. Les estoy oyendo, y me parece imposible que se considere culpable de algo que hicimos los tres.

—¡*Sir* Dawes!

—No permito —añadió, al tiempo de penetrar en la estancia— que pague las culpas nuestras. Cierto es que existen las hipotecas y la amenaza de Alex, pero no es menos cierto que la Compañía Kelic fraguó nuestra ruina.

—Yo los embrollé, *sir* Dawes.

—No. Nos embrollamos todos, con el ansia de recuperar el tiempo perdido y las ganancias de varios años —miró a su socio—. Lord Crowther, es preciso que usted y yo vayamos a Londres. Todo, menos que su hija se case con Alex. La Compañía Kelsey no tardará en descubrir la verdad, y es preferible que la sepa por nosotros a que se entera por sus investigaciones.

—Es lo que no me explico —exclamó lord Crowther— que personas tan duchas en asuntos de negocios, se hayan dejado engañar así por una mujer.

—Tal vez por ser mujer —opinó *sir* Dawes cautamente.

Sonia se puso en pie y atravesó la estancia a paso corto. Al cerrarse la puerta tras ella, los dos hombres se miraron. Hubo un silencio.

—Está... está destrozada —manifestó lord Crowther amargamente—. Y fui yo, con mi negligencia, quien la condujo a esta situación.

—No vamos a lamentar eso ahora. Lo esencial es ella, y me parece que está sufriendo mucho. No me explico por qué Kelsey se ha ido así...

Lord Crowther no respondió. Con la vista baja, inmóvil y silencioso, permaneció algunos minutos.

—Milord...

—No diga nada, *sir* Dawes. Estoy inquieto por Sonia. Hace tiempo que descubrí que amaba a Kelsey, pero nunca tuve la certidumbre de ello como hoy. ¿Qué debo hacer?

—Nada, excepto evitar su boda con Alex, si es que trata de realizarla.

—¡Eso... nunca! Jamás consentiré esa boda. Sería... —pasó los dedos por la frente— como si la matara con una bendición falsa.

* * *

Se hallaba sentada en un banco del jardín. Tenía un cigarrillo entre los dedos, y de vez en cuando lo llevaba a la boca y expelía el humo, muy despacio. Con expresión absorta, contemplaba las caprichosas espirales que el humo formaba en el aire, y rápidamente se desvanecían.

«Así —susurró— se desvanece todo en la vida. Es una filosofía barata, pero verdadera».

Se alzó de hombros. ¿Qué podía hacer en el futuro? Tenía tres salidas, y ninguna de ellas era digna de su nombre, pero era menos digna de su propia dignidad de mujer. Primera, casarse con Alex. Segunda, la que su padre exponía: Visitar a los socios de la Compañía Kelic y exponerles la verdad, que, de callar, se sabría igual. La tercera, huir lejos con su padre, organizar una nueva existencia y trabajar como una simple mujer vulgar que se gana la vida.

—Buenas tardes, preciosa.

Se estremeció, y alzó vivamente la cabeza.

—Creí... que te habías ido —dijo suavemente.

—Pienso hacerlo muy pronto, pero antes deseo saber si estás decidida a...

—¿Rechazarte? Ya te lo dije hace un instante. No me casaré contigo, Alex, y no porque seas tú precisamente, ni porque me seas indiferente, sino porque te has portado como un repugnante traidor.

—Querida, los negocios son los negocios. A mí siempre me molestó que tu padre se quedara con el título y el castillo, siendo mi padre su hermano. El hecho de que naciera el tuyo antes que el mío, no me consolaba.

—Te quedarás con el castillo y sus posesiones —dijo ella dignamente—, pero nunca con la consideración de los que habitan la comarca, ni con la nuestra propia.

—Querida mía —dijo con voz meliflua—, no seas tan sentimental. Las gentes del lugar me importan un bledo. Lo que me interesa eres tú y el castillo. Claro que, si no te consigo a ti, me conformaré con esta posesión.

Y miró en torno con orgullo, como si ya le perteneciera todo. Y fue entonces cuando Jim abrió el portalón y penetró un auto. Sonia se puso en pie de un salto. No pudo reprimir un grito ahogado y la exclamación queda, asombrada, como si no diera crédito a sus ojos.

—¡Burt!

Este, tranquilo y sonriente, descendió, salvó la distancia que lo separaba de los dos jóvenes, no miró a Alex, y se inclinó hacia la joven.

—Sonia, querida —dijo tan solo.

Y con gran asombro de la propia Sonia, la atrajo hacia sí, y la besó en la boca ligeramente.

—Burt... —susurró ella quedamente.

Kelsey reía. Y era su risa como un caricia. Sus dedos rozaron la mejilla femenina, y entonces Alex se echó a reír y exclamó, despechado:

—¡Enternecedor!

—¡Ah, está usted ahí, señor Crowther! Precisamente tenemos un asunto pendiente. ¿Permites, querida? —susurró mirando a la joven y enlazándola por la cintura—. Mi socio le espera en el hotel, señor Crowther. Parece ser que nos interesan unas hipotecas que tiene usted. Le advierto que deseo ofrecérselas a mi novia como regalo de esponsales —y apretando la cintura de la joven, que temblaba a su lado, añadió, mirándola largamente—. Tu primo, Sonia querida, fue tan amable, que antes de salir yo para Londres, me visitó en el hotel, dispuesto a hacerme saber algo que yo... ya sabía.

—Es usted un...

—Cuidado, señor Crowther. Yo... no soy Sonia. ¿Vamos, querida? Tengo deseos de saludar a tu padre. Y usted, señor Crowther, puede pasar por

mi hotel. Le esperan allí mi socio y nuestros abogados.

Tiró de Sonia, y Alex quedó allí, mudo y violento, comprendiendo que su última jugada no había sido precisamente muy diplomática.

* * *

—Burt...

—No me digas nada, cariño. Eres mi mujer. Nos hemos casado hoy.

—Pero...

—Te lo ruego. ¿Qué haces con tu cabeza, que aún no conseguí detenerla? No te menees tanto. Quiero besarte.

—Burt...

—No me interesa lo que tu padre haga con las minas. Estamos de viaje de novios, Sonia, mi vida.

—Pero, amor mío, me he casado contigo y aún no sé lo que pasó.

—¿Qué importa? Pasó que nos hemos casado hace unas horas. Que *sir* Dawes y tu padre arreglarán los asuntos de allá. Que tú y yo estamos solos, y vamos en un tren, camino de...

—¿De dónde, Burt? Me aturdes.

—Déjame besarte, Sonia.

—¡Oh, sí, oh, sí! Pero...

La besaba. Sonia reía y lloraba a la vez, bajo el fuego de sus besos. Era grato sentirla así, tenerla en los brazos, acunarla en ellos, recibir sus besos y darle más en cambio. Muchos y largos besos. Besos hábiles por su parte, igual por la de ella.

—Burt...

—¿No quieres que te bese?

—Cielos, sí, pero dime...

Reía sobre su boca y hablaba y besaba a la vez. Sonia estaba como atontada. ¡Había sido todo tan rápido! Burt tenía que hacer las cosas así o no hacerlas.

—Cariño...

—Fundaremos la gran sociedad, Sonia —susurró—. Si es eso lo que quieres saber, ya lo sabes. Una sociedad que regentará tu padre, y luego tú y yo viajaremos por todo el país. No te dejaré sola ni un instante. ¿Te das cuenta? Ni un instante.

—Pero ahora déjame respirar.

—Te siento a gusto así. ¿Te gustan mis besos, Sonia?

—Sí...

—Y mis brazos.

—Sí, sí —susurraba ella ahogadamente—. Me gustan, pero...

—¿Quieres saber más cosas?

La besaba en el pelo, en los ojos. Le acariciaba con sus dedos los labios entreabiertos. Ella sonreía.

—Eres tan bella, Sonia.

—Antes te lo parecían otras.

—Como tú, no. Tú entraste en mí y las borraste a todas. Te vi y te admiré. Y de la admiración al amor hay tan poca distancia...

—Sé un poco formal, cariño.

—¿Qué más quieres saber?

—¿Qué hiciste con Alex?

—Es una rata ponzoñosa —la besaba en la garganta—. Una rata que huyó temiendo contagiar a los demás, antes de verse perseguida por ellos.

—¿Todo lo haces así?

—Li tiene un método que no falla nunca.

—¿Cuál es?

—¿Qué importa? ¿No te gusta este movimiento del tren?

—¿Y la granja de *sir* Dawes?

—Es suya otra vez. Ya te dije que la sociedad Kelic actuó. Nada menos... Pero ¿por qué te digo todo esto? Estoy deseando amarte como un loco.

—Me estás amando.

—Bésame, Sonia. Olvídate de los negocios, piensa en ti y en mí, en los dos nada más.

—Si estoy pensando en ti. ¿Me dejas, acaso, pensar en nada más?

La mantenía prisionera, y la apartó un poco para contemplarla.

—Sonia..., ¿no sabes que marché porque temía no amarte?

—¿Y cuándo lo comprobaste?

—Cuando me vi solo. Estuve a punto de dar la vuelta a mitad de camino, pero pensé que Li tenía que conocer mis planes, y fui a participárselos.

—¿Cuándo descubriste que te engañaba con respecto a las minas?

—Cuando llegué a Londres la primera vez, de regreso de Merthyr-Tydfil. Me habías engatusado con tu belleza.

—Y tú me habías conquistado con tu masculinidad.

—Sonia...

—Me gusta este silencio, Burt, y tu proximidad, y tus besos, y tu mirada, y...

No la dejó continuar. El tren continuaba rodando. Los que cruzaban el pasillo junto a aquella puerta, no sospechaban que allí, a dos pasos, dos seres se amaban.

Sonia pensó que nadie podía amar como Burt, y este se dijo que nadie amaba como su mujer, que ninguna otra del mundo podía tener aquellos ojos tan expresivos, ni aquellos labios tan suaves, ni aquel corazón que, con engaños en bien de su padre, le había hecho olvidar un día al suyo, y la venganza que hacía años corroía su alma.

Y pensó también que, si ella lo había engañado, como fue por su padre, era un perdonable engaño. El engaño que creara el hermoso amor filial. Él también quiso al suyo así. Y si lo quiso así, más aún la quería a ella. Y si ella quiso así a su padre, infinitamente más lo querría a él, porque iba a ser todo en su vida.

F I N